

La guerra del Golfo no ha tenido lugar



Jean
Baudrillard

La guerra del Golfo no ha tenido lugar

Jean Baudrillard

Traducido por Thomas Kauf
Editorial Anagrama, Barcelona, 1991

Título original:
La guerre du Golfe n'a pas eu lieu
Editions Galilée, París, 1991

La paginación se corresponde
con la edición impresa. Se han
eliminado las páginas en blanco

letrale

«La guerra del Golfo no tendrá lugar» se publicó en Libération del 4 de enero de 1991. «¿Está teniendo lugar realmente la guerra del Golfo?» corresponde al período de febrero de 1991. «La guerra del Golfo no ha tenido lugar» es evidentemente posterior al fin de las hostilidades (marzo de 1991). Se publicó un fragmento en Libération del 29 de marzo de 1991.

LA GUERRA DEL GOLFO NO TENDRÁ LUGAR

Desde el principio, se sabía que esta guerra no se iba a producir. Tras la guerra caliente (violencia del conflicto), tras la guerra fría (el equilibrio del terror), ha llegado la hora de la guerra muerta —descongelación de la guerra fría— que deja que nos las compongamos con el cadáver de la guerra, y con la necesidad de gestionar este cadáver en descomposición, que nadie en los confines del Golfo consigue resucitar. Por el cadáver de la guerra andan a la greña Estados Unidos, Sadam Husein y las potencias del Golfo.

La guerra ha entrado en una fase de crisis definitiva. Es demasiado tarde para la tercera guerra mundial (caliente), se ha producido ya, destilada en la guerra fría en el decurso de los años. Ya no se producirá ninguna guerra más. Cabía suponer que la defección del bloque del Este, favoreciendo la disuasión, iba a

abrir para la guerra nuevos espacios de libertad. No es éste el caso, pues la disuasión no ha concluido, sino todo lo contrario. Funcionaba como disuasión recíproca entre ambos bloques, por exceso virtual de los medios de destrucción. Sigue funcionando en la actualidad, mejor aún si cabe, como autodisuasión. Autodisuasión total, que llega hasta la autodisolución, del bloque del Este, pero autodisuasión profunda de la potencia americana también, y de la potencia occidental en general, aquejada de parálisis por su propio poder e incapaz de asumirlo en términos de correlación de fuerzas.

Por este motivo, la guerra del Golfo no tendrá lugar. Este estancamiento de la guerra en un suspense interminable no resulta tranquilizador ni reconfortante. En este sentido, el no-acontecimiento del Golfo es de una gravedad que supera el acontecimiento mismo de la guerra: corresponde al período, altamente nefasto, de putrefacción del cadáver, que sume en la náusea y en un estupor impotente. En esta circunstancia también, nuestras defensas simbólicas son hartamente débiles, el dominio del fin de la guerra no está en nuestras manos, y todos vivimos este hecho con la misma indiferencia vergonzante, exactamente como los rehenes.

La no-guerra se caracteriza por esa forma

degenerada de la guerra que constituyen la manipulación y la negociación de los rehenes. Los rehenes y el chantaje son los productos más genuinos de la disuasión. El rehén ha ocupado el lugar del guerrero. Se ha vuelto el personaje principal, el protagonista del simulacro, o mejor dicho, en su pura inacción, el protagonizante de la no-guerra. Los guerreros se entie-rran en el desierto, únicamente los rehenes ocupan el escenario, incluidos todos nosotros como rehenes de la información en el escenario mundial de los medios de comunicación. El rehén es el actor fantasma, el extra que ocupa el espacio impotente de la guerra. Ahora se trata del rehén colocado en puntos estratégicos, mañana del rehén como regalo de Navidad, del rehén como valor de cambio y como liquidez. Degradación fantástica de lo que constituía la esencia misma de la figura del intercambio imposible. Con Sadam Husein, que se ha transmutado en el capitalista del valor del rehén, en el vulgarizador comercial del mercado del rehén, después del de los esclavos y del de los proletarios, hasta este valor fuerte se debilita y se convierte en el símbolo de la guerra débil. Ocupando el lugar del desafío guerrero, se convierte en sinónimo de la debilidad de la guerra. Y todos nosotros, rehenes de la intoxicación de los medios de comunicación, in-

ducidos a creer en la guerra, como antes en la revolución en Rumania, sometidos al simulacro de la guerra como a arresto domiciliario, ya somos todos, *in situ*, rehenes estratégicos: nuestra posición es el televisor, donde virtualmente nos bombardean a diario, mientras seguimos cumpliendo también con nuestra función de valor de cambio. En este sentido, el sainete grotesco de Sadam Husein sirve de diversión; diversión de la guerra y diversión del terrorismo internacional a la vez. Con su terrorismo blando, por lo menos habrá acabado con el terrorismo duro (palestino o de cualquier otro signo), en lo que se revela, como en muchas otras cosas, el cómplice perfecto de Occidente.

Esta imposibilidad de pasar a la acción, esta falta de estrategia, acarrea el triunfo del chantaje como estrategia (por parte de Irán, todavía existía un desafío; en el caso de Sadam, no hay más que chantaje). La abyección de Sadam estriba así en haberlo vulgarizado todo: el desafío religioso convertido en falsa guerra santa, el rehén sacrificial en rehén comercial, el rechazo violento de Occidente en chanchullo nacionalista, la guerra en comedia imposible. Pero hemos contribuido ampliamente a ello. Dejándole creer que había ganado la guerra contra Irán, le hemos impulsado a concebir la ilusión de

una victoria contra Occidente. Esta sublevación del mercenario constituye realmente el único aspecto irónico y regocijante de toda la historia.

Ni estamos en una lógica de la guerra, ni en una lógica de la paz, sino en una lógica de la disuasión, que se ha ido abriendo paso, inexorablemente, a lo largo de cuarenta años de guerra fría, hasta su desenlace en nuestros acontecimientos actuales; una lógica de los acontecimientos débiles, grupo al que tanto pertenecen los del Este como la guerra del Golfo. Peripecias de una historia anoréxica, de una guerra anoréxica, que ya no alcanza a devorar al enemigo, debido a que no concibe al enemigo como digno de ser desafiado y aniquilado —y bien sabe Dios que Sadam Husein no es digno de ser desafiado ni aniquilado— y que por lo tanto se devora a sí misma. Es el estado desintensificado de la guerra, el del derecho a la guerra, con la luz verde de la ONU, del despliegue de precauciones y concesiones. Es la utilización del preservativo ampliada al acto bélico: ¡haced la guerra, como el amor, con preservativo! En la escala de Richter, la guerra del Golfo no llegaría al grado dos o tres. La escalada es irreal, como si se creara la ficción de

un seísmo manipulando los instrumentos de medición. No estamos en el grado fuerte, ni en el grado cero de la guerra, sino en el grado débil, tísico, en la forma asintótica que permite rozar la guerra sin toparse con ella, en el grado transparente que posibilita ver la guerra desde el fondo de la cámara oscura.

Tendríamos que haber empezado a sospechar con la desaparición de la declaración de guerra, desaparición del paso simbólico a la acción, que auguraba ya la desaparición del final de la guerra, posteriormente de la diferenciación entre vencedores y vencidos (el vencedor se convierte fácilmente en el rehén del vencido, siempre el síndrome de Estocolmo), y por último de las propias operaciones. Una guerra interminable por lo tanto, puesto que jamás se habrá iniciado. De tanto soñar con la guerra en estado puro, con una guerra orbital limpia de todas sus peripecias políticas y locales, hemos caído en la blandura de la guerra, en su imposibilidad virtual, que se traduce en esta polvareda irrisoria en la que los adversarios rivalizan en su desescalada, como si el estallido, el advenimiento de la guerra, se hubiera vuelto obscuro, insoportable, como cualquier suceso real, por lo demás; nos hemos vuelto incapaces ya de asumirlo. Así pues, todo se transfiere al ámbito de lo virtual, y con

lo que nos las tenemos que ver es con un apocalipsis real.

La convicción más extendida es la de una correlación lógica entre lo virtual y lo actual, según la cual toda arma disponible no puede no ser utilizada algún día, ni una concentración de fuerzas semejante no abocar al conflicto. Ahora bien, tal cosa responde a una lógica aristotélica que ya nada tiene que ver con la nuestra. Nuestro virtual supera definitivamente lo actual, y tendremos que contentarnos con esta virtualidad extrema que, a diferencia de lo que sucede con Aristóteles, disuade de pasar a la acción. Ya no estamos en una lógica de pasar de lo virtual a lo actual, sino en una lógica hiperrealista de disuasión de lo real mediante lo virtual.

En este proceso, el rehén una vez más resulta revelador. Extraído como una molécula en un proceso experimental, destilado después gota a gota durante el intercambio, lo que está en juego es su muerte virtual, no su muerte real. Además nunca muere, a lo sumo desaparece. Y jamás existirá monumento alguno al rehén desconocido, todo el mundo se siente demasiado avergonzado; esta vergüenza colectiva que se adhiere al rehén refleja la degradación absoluta de la hostilidad real (la guerra) convertida en hospitalidad virtual (los «huéspedes» de Sadam Husein).

Pasar a la acción por lo general está mal visto: correspondería a un levantamiento brutal de la inhibición, y por lo tanto a un proceso psicótico. Parece que esta obsesión por el paso a la acción determina en la actualidad todos nuestros comportamientos: temor obsesivo a todo lo real, a cualquier acontecimiento real, a cualquier violencia real, a cualquier goce demasiado real. Contra esta obsesión por lo real hemos creado un gigantesco dispositivo de simulación que nos permite pasar a la acción *in vitro* (hasta resulta cierto para la procreación). A la catástrofe de lo real preferimos el exilio de lo virtual, cuyo espejo universal es la televisión.

La guerra no queda al margen de esta virtualización, que es como una operación quirúrgica: presentar el rostro *liftado* de la guerra, el espectro maquillado de la muerte, su subterfugio televisivo, más decepcionante todavía (como muy bien se ha visto en Timisoara). Hasta los propios militares han perdido el privilegio del valor de utilización, el privilegio de la guerra real. La disuasión ha pasado por ahí, y no deja títere con cabeza. Tampoco ellos, como tampoco los políticos, saben ya qué hacer con su función real, con su función de muerte y de destrucción. Están abocados a la estafa de la guerra, como los otros a la estafa del poder.

P. S.: Poner de manifiesto la imposibilidad de la guerra justo cuando está a punto de producirse, cuando se acumulan los indicios de su advenimiento, es una apuesta estúpida. Pero habría sido más estúpido todavía desaprovechar la ocasión.

¿ESTA TENIENDO LUGAR REALMENTE LA GUERRA DEL GOLFO?

Cabe preguntárselo. Basándonos en el material disponible (la ausencia de imágenes y la profusión de comentarios), cabría pensar en un inmenso test publicitario, semejante a aquel que promocionó en su momento una marca (GARAP), del que nadie supo jamás cuál era el producto que anunciaba. Publicidad pura, que tuvo un éxito descomunal, porque pertenecía al dominio de la especulación pura.

La guerra también es pura y especulativa, en la medida en que no se ve el acontecimiento real que ésta significaría, o que podría constituir. Recuerda aquel suspense publicitario reciente —hoy me quito la parte de arriba, mañana me quitaré la de abajo—:¹ hoy inicio la

1. Famosa campaña de autopromoción de una empresa de publicidad exterior—despertó gran expectación en Francia hace unos años— que, aprovechando la calma relativa del período estival, cubrió sus vallas publicitarias con un anuncio en el que se veía a una chica que sólo llevaba la parte de abajo de un bañador de dos

guerra virtual, mañana iniciaré la guerra real. Con, como telón de fondo, esta tercera publicidad tristemente famosa, la del banquero codicioso y lúbrico diciendo: Vuestro dinero me interesa, reencarnado en Sadam espetando a los occidentales: Vuestro poder me interesa (y éstos no se han hecho rogar para endosarle una buena parte del mismo), y luego a los árabes, con la misma hipocresía; Vuestra guerra de religión me interesa (y éstos no han vacilado en invertirlo todo en el propio Sadam).

De este modo, la guerra va siguiendo su curso, a golpe de publicidad y de especulación, y la que menos importancia tiene no es la de los rehenes, convertidos en argumentos de venta publicitaria, sin que se hayan aclarado los planes, ni los balances, ni las pérdidas, ni las operaciones. Ninguna empresa sobreviviría a semejante incertidumbre, salvo precisamente la gestión especulativa del riesgo; dicho de otro modo: una estrategia de rentabilización de lo peor (siendo el PIAR¹ el Proyecto Insensato de Alta Rentabilidad), es decir la guerra. La mis-

piezas y que se tapaba el pecho con las manos y decía: «Hoy me quito la parte de arriba, mañana me quitaré la de abajo»; debajo, el anuncio rezaba: «La empresa publicitaria tal y cual, el publicista que cumple sus promesas.» (*N. del T.*)

1. Juego de palabras intraducible entre *le pire* (= lo peor) y el PIHR, siglas de un plan de desarrollo industrial de un organismo estatal, que se pronuncian igual. (*N. del T.*)

mísima guerra ha tomado este cariz especulativo: es de alta rentabilidad, pero incierta. Puede hundirse de la noche a la mañana.

No obstante, desde este momento ya, su beneficio publicitario es increíble. Vencido o no, Sadam tiene garantizada una imagen de marca carismática inolvidable. Vencedor o no, el armamento americano habrá adquirido una imagen de marca tecnológica sin parangón. Y el gasto suntuario de material equivale ya al de una guerra real, aun cuando ésta no llegue a producirse.

Seguimos sin salimos de la guerra virtual, es decir de un despliegue sofisticado, aunque a menudo risible, sobre un telón de fondo de indeterminación global en lo que a la voluntad de hacer la guerra se refiere, incluso por parte de Sadam. Hecho al que corresponde la carencia de imágenes, que no es accidental, ni motivada por una auténtica censura, sino por la imposibilidad de ilustrar esta indeterminación de la guerra.

Publicitaria, especulativa, virtual, de hecho esta guerra ya no responde a la fórmula de Clausewitz de la prolongación de la política por otros medios; resultaría más bien de *la carencia de política prolongada por otros medios*. La no-guerra es un test terrible en lo que al estatuto y a la incertidumbre de lo político se re-

fiere, del mismo modo que el crac financiero (el mundo especulativo) es un test crucial para la economía y la incertidumbre de los envites económicos, del mismo que como cualquier acontecimiento es un test terrible para la incertidumbre y los envites informativos. Con lo que la información «en tiempo real» se sitúa en un espacio completamente irreal, que muestra por fin la imagen de la televisión pura, inútil, instantánea, en el que se pone de manifiesto su función primordial, que consiste en llenar el vacío, el colmar el agujero de la pantalla del televisor a través del cual se esfuma la sustancia del acontecimiento.

La publicidad tampoco es la prolongación de la economía por otros medios. Es, por el contrario, el mero producto de la incertidumbre en lo que a los intereses racionales de la producción se refiere. Debido a ello, se ha convertido en una función implacable, cuyo vacío va llenando nuestros televisores a la medida de la carencia de finalidad o de racionalidad económica. Debido a ello, rivaliza victoriosamente con la guerra en nuestros televisores, alternándose ambas en la misma virtualidad genérica de la imagen.

Los medios de comunicación promocionan la guerra, la guerra promociona los medios de comunicación, y la publicidad rivaliza con la

guerra. La publicidad es, de toda nuestra cultura, la especie parasitaria más resistente. Sobreviviría sin duda incluso a una confrontación nuclear. Es nuestro Juicio Final. Pero también es como una función biológica; devora nuestra sustancia, pero es también como una planta parasitaria o la flora intestinal, lo que nos permite metabolizar lo que absorbemos, convertir el mundo y la violencia del mundo en una sustancia consumible. Entonces ¿qué?, ¿la guerra o la publicidad?

La guerra, y con ella también los guerreros falsos, los guerreros presuntuosos, los generales, los expertos, los presentadores de televisión, a los que vemos especulando sobre ella interminablemente, la guerra se contempla en el espejo: ¿soy suficientemente hermosa, soy suficientemente espectacular, soy suficientemente sofisticada para salir a escena históricamente? Por supuesto, estas preguntas ansiosas incrementan la incertidumbre en cuanto a las posibilidades que tiene de estallar. Y esta incertidumbre es lo que invade la pantalla de nuestros televisores como una marea negra de verdad. A imagen y semejanza de aquel pájaro marino enviscado de petróleo, ciego y desamparado en una playa del Golfo, que quedará como ilustración simbólica de lo que somos todos, ante las pantallas de nuestros televisores,

ante este acontecimiento pegajoso e ininteligible.

Contrariamente a las guerras anteriores, en las que se dirimían envites políticos de conquista o de dominación, es la guerra en sí, su estatuto, su sentido, su futuro lo que está en juego en ésta. Debería no ya tener una finalidad, sino aportar la prueba de su propia existencia (esta crisis de identidad perturba la existencia de todos nosotros). ¿Pues quién, las masas árabes aparte, sería todavía capaz de creer en la guerra y de enardecerse por ella? Sin embargo, el impulso espectacular de la guerra se mantiene incólume. A falta de la voluntad de poder, hartamente menguada, y de la voluntad de saber, problemática, permanece por doquier hoy en día la voluntad de espectáculo, y con ella, el anhelo obstinado de conservar intacto y a salvo su espectro o su ficción (es el destino de las religiones: ya nadie cree, pero perdura una práctica desencarnada). ¿Podemos salvar la guerra todavía?

Ciertamente, Irán e Irak hicieron todo lo que pudieron para salvaguardar la ficción de la guerra mortífera, fratricida, sacrificial, intermi-

nable (tipo primera guerra mundial). Pero se trataba de unos bárbaros, y aquella guerra de otra época no probaba nada respecto al estatuto y a la eventualidad de una guerra moderna. Ahora bien, la tercera guerra mundial no ha tenido lugar, y no obstante ya la hemos superado y nos encontramos más allá, en el espacio utópico de la post-guerra-que-no-ha-tenido-lugar, por decirlo de algún modo, y en el suspense creado por este sobreseimiento es donde ahora transcurren los enfrentamientos actuales y se plantea la pregunta: ¿es acaso todavía posible que una guerra pueda tener lugar?

Tal vez ésta no sea más que un test, un intento desesperado para ver si todavía es posible la guerra.

La guerra nula; recuerda esos partidos de copa del mundo de fútbol que con tanta frecuencia hay que concluir a base de penaltis (espectáculo deplorable), ante la imposibilidad de decidir el resultado. Como si los jugadores se castigaran, con los «penaltis», por no haber sido capaces de jugar y de ganar el partido en buena lid. Se le ocurre pensar a uno que mejor hubiera valido empezar por los penaltis y ahorrarse el partido, con su estéril confrontación.

Pues lo mismo con la guerra; uno se dice que se podría haber empezado por el final y ahorrarse un espectáculo forzado de esta guerra irreal, que nada tiene de una escalada a posiciones extremas, y que dejará, independientemente de cuál sea el resultado, un resabio de programación indigesta, y a todo el mundo con los nervios a flor de piel, como tras una cópula fallida.

Se trata de una guerra de excedente (de medios, de material, etc.), de una guerra de deslastre, de purga de las existencias, de despliegue experimental, de liquidación y de remate de fin de temporada, con presentación de las nuevas gamas de armamentos. De una guerra de sociedades excedentarias, pictóricas, sobradas de equipamientos (Irak también), abocadas al deshecho (incluido el deshecho humano) y a la necesidad de librarse de él. De igual modo que las sobras del tiempo nutren el infierno del ocio, así los residuos tecnológicos nutren el infierno de la guerra. Los residuos son lo que encarna la violencia secreta de esta sociedad, defecación incoercible y no degradable. Los famosos excedentes americanos de la segunda guerra mundial, que se nos antojaban un lujo, se han convertido en un lastre mundial sofocante, y la

propia guerra, dentro de esta función de purga y de despilfarro, gira muy por encima de sus posibilidades.

Aunque el intelectual crítico sea una especie en vías de extinción, parece por contra haber destilado su fobia de lo real y de la acción en la totalidad del sistema sanguíneo y cerebral de nuestras instituciones. En este sentido, el mundo entero se encuentra en plena fase de intelectualización, militares incluidos.

No hay más que verles prodigándose en explicaciones, deshaciéndose en justificaciones, perdiéndose en matizaciones técnicas (la guerra poco a poco se está convirtiendo en un manierismo tecnológico) o en la deontología de una guerra pura, electrónica, sin chapuzas: quienes hablan son unos estetas, que van aplazando el vencimiento hasta lo interminable y la decisión hasta lo indecible. Sus *war-processors*, sus radares, sus láser, sus monitores hacen que el paso a la guerra se vuelva tan inútil e imposible como la utilización del *word-processor* vuelve inútil e imposible el paso al acto de escribir, puesto que lo despoja de antemano de cualquier incertidumbre dramática.

Los generales también agotan su inteligencia artificial a fuerza de corregir sus guiones,

de pulir su guerra, llegando incluso a veces a perder el texto tras un error de manipulación. La famosa *epokhé* filosófica se ha vuelto universal, tanto en las pantallas de los monitores como en los campos de batalla.

¿Hay que congratularse de que todas las técnicas del *war-processing* desemboquen en la elisión de la duración y de la violencia de la guerra? Sólo eventualmente, pues el aplazamiento indefinido de la guerra acarrea por sí mismo consecuencias graves, mortíferas en todos los ámbitos.

A fuerza de haber sido anticipada hasta el último detalle y agotada por todos los guiones, esta guerra acaba pareciéndose al protagonista del *Italien des Roses* (El italiano de las rosas) (Richard Bohringer en la película de Charles Matton), que duda durante una hora y media si tirarse al vacío, desde lo alto de un edificio, ante una multitud pendiente de sus gestos primero, y decepcionada y hastiada por el suspense después, exactamente igual que nosotros ahora por el chantaje de los medios de comunicación y la estafa de la guerra. Es como si ya hubiera tenido lugar diez veces; ¿a santo de qué queréis que tenga lugar, a fin de cuentas? Ocuire como en el *Italien des Roses*: sabemos que

no se tirará y al final a todo el mundo le importa un bledo que se tire, porque el acontecimiento real ya ha quedado superado, y porque su crédito imaginario se ha agotado.

En esto radica el problema de la anticipación. Algo que ha sido programado minuciosamente, ¿tiene todavía alguna posibilidad de llegar a producirse? Una verdad demostrada minuciosamente, ¿tiene todavía alguna posibilidad de ser verdadera? Cuando demasiadas cosas van en el mismo sentido, cuando las razones objetivas se acumulan, el efecto se invierte. De igual modo, todo lo que abunda en el sentido de la guerra, la escalada de fuerzas, el juego de la tensión, la concentración de armas, tal vez incluso la luz verde de la ONU, todo resulta ambiguo y, lejos de fortalecer la probabilidad de la confrontación, funciona como acumulación preventiva, como sustituto y diversión del paso a la guerra.

Virtual desde hace cinco meses, la guerra entra a partir de ahora en su fase terminal, de acuerdo con la regla que establece que lo que jamás se ha iniciado concluya sin haber tenido lugar. El carácter a un tiempo concluido de antemano e interminable de esta guerra resulta de su profunda indeterminación. Es la conse-

cuencia que se deriva de ello en el tiempo. Lo virtual se sucede a sí mismo; salvo incidencias, que no pueden consistir más que en la irrupción del otro en el campo. Pero nadie quiere oír hablar del otro. Finalmente, la indecidibilidad de la guerra se fundamenta en el desvanecimiento de la alteridad, de la hostilidad primitiva, del enemigo. La guerra se ha vuelto una máquina manceba.

Aprovechando esta guerra, la confusión inaudita del mundo árabe está infectando el mundo occidental; justo y merecido desquite. Nosotros, por el contrario, nos empeñamos con todas nuestras fuerzas en unificarlos y estabilizarlos para controlarlos mejor, Se trata de un pulso histórico; ¿quién estabilizará primero a quién antes de ser él mismo desestabilizado? Frente a la inestabilidad virulenta, incomprensible, de los árabes y del Islam, cuya defensa es la del histórico en su versatilidad, el mundo occidental está comprobando que sus valores apenas pueden ya pretender alcanzar otra universalidad que no sea la, harto frágil, de la ONU.

Frente a una lógica occidental de la descompensación (Occidente tiende hacia la eufemización, o tal vez incluso a la inhibición de su poder), Sadam responde con la sobrecompensación

sación, A pesar de estar muy lejos de haber dado pruebas de su capacidad contra Irán, se enfrenta a Occidente. Funciona más allá de sus propias fuerzas, donde sólo Dios puede ayudarle. Da pruebas de provocación mágica, y Dios, o cualquier concatenación predestinada, ya se encargará de lo demás (era el papel, en principio, que les estaba reservado a las masas árabes).

Los americanos, por el contrario, sólo son capaces de imaginar o de combatir a un enemigo a su imagen y semejanza, debido a una especie de generosidad o de estupidez egocéntrica. Son unos conversos, son los misioneros y los conversos a la vez de su propio modo de vida, que van proyectando triunfalmente sobre el mundo. Son incapaces de imaginarse al Otro, y por lo tanto tampoco pueden hacerle personalmente la guerra; le hacen la guerra a la alteridad del otro, lo que pretenden es reducir esta alteridad, convertirla, o si no, aniquilarla, si resulta irreductible (los indios). Son incapaces de imaginar que la conversión y el arrepentimiento, llevados por su buena voluntad, no despierten eco alguno en el otro, y están literalmente consternados cuando ven que Sadam se burla de ellos y no se somete a sus argumentos. Tal vez debido a ello acaben por decidir aniquilarlo, no por odio o por cálculo,

sino por crimen de felonía, de traición, de voluntad deliberada de maldad y de argucia (exactamente igual que con los indios).

Los israelíes, por su parte, no tienen tantos miramientos. Contemplan al Otro en su desnuda adversidad, sin engaño ni escrúpulo. El Otro, el árabe, es inconvertible, su alteridad no tiene paliativos, no debe ser cambiada, tiene que ser dominada y sometida. Aun así, no obstante, la reconocen, a falta de comprenderla. Los americanos, por su parte, no entienden nada, y ni siquiera la reconocen.

En el Golfo, no se trata de una partida radical, la que se jugaría entre la hegemonía occidental y el desafío del resto del mundo, sino de Occidente enfrentado a sí mismo, por mercenario interpuesto, tras haberse enfrentado al Islam, siempre por Sadam interpuesto. Sadam sigue siendo el enemigo de mentira. Adalid de Occidente contra el Islam primero, adalid del Islam contra Occidente después, y en ambos casos traidor a su propia causa, pues, mucho más que a unos pocos millares de occidentales ocasionales, a quienes toma como rehenes es a las masas árabes, a las que capta en su propio beneficio e inmoviliza en su entusiasmo suicida. Precisamente, cuando se acercaba la Na-

vidad, en el momento en que liberó los rehenes (halaga de este modo con sus mimos a los occidentales, con la misma demagogia con la que acaricia a los niños ante las cámaras de televisión), en ese mismo momento lanzó su OPA sobre la guerra santa.

Pensar que iba a contribuir a la unificación del mundo árabe y a devolverle parte de su orgullo es por lo tanto un contrasentido. Finalmente, no habrá hecho más que chulearlo, ponerlo a trabajar para él, para decepcionarlo una vez más y devolverlo a su impotencia. Hace falta gente como él para canalizar de vez en cuando las fuerzas eruptivas. Produce los mismos efectos que una lavativa o que un purgante artificial. Se trata de una forma de disuasión, estrategia occidental, ciertamente, pero de la cual Sadam, en su orgullo y su estupidez, constituye el intérprete perfecto. El propio Sadam, a quien tanto gustan las engañifas, no es más que una engañifa, y su aniquilamiento no puede poner término a esta complicidad objetiva que no es, en sí misma, ninguna engañifa.

Pero los occidentales, por esta misma razón, ¿están acaso decididos a aniquilarlo?

La exhibición de los prisioneros americanos en la televisión iraquí. Se trata una vez más de

la política del chantaje, del rehén, de la humillación de Estados Unidos a través del espectáculo de estos «arrepentidos» a los que se obliga a reconocer simbólicamente la deshonra de América. También de la humillación de todos nosotros, a quienes las pantallas de los televisores someten a la misma violencia, la de la mirada cautiva, derrotada, manipulada, impotente, la del voyeurismo impuesto como respuesta al exhibicionismo impuesto de las imágenes. Al mismo tiempo que el espectáculo de esos prisioneros y de esos rehenes, los televisores nos presentan el de nuestra propia impotencia. En casos como éste, la información cumple exactamente su cometido, el de convencer-nos, a través de la obscenidad de lo que vemos, de nuestra propia abyección. La perversión impuesta a la mirada equivale al reconocimiento de nuestra deshonra y hace que nos convirtamos nosotros también en unos arrepentidos.

Que los americanos se hayan dejado injuriar sin desviarse un ápice de su programa y de su propia guerra, evidencia en ellos la debilidad del detonador simbólico. La humillación sigue siendo la peor afrenta, la arrogancia (la de Saddam) la peor conducta, el chantaje la peor relación, y la aceptación del chantaje la peor deshonra. Que esta violencia simbólica, peor que una violencia sexual, haya sido finalmente

aceptada sin pestañear, pone de manifiesto la profundidad del masoquismo occidental, o de su inconsciencia. Es la norma del tipo de vida americano: *¡Nothing personal!* Y hacen la guerra del mismo modo: pragmáticamente, y no simbólicamente. Se exponen así a situaciones mortíferas que no son capaces de afrontar. ¿Pero tal vez la acepten, rigiéndose por un equilibrio a pesar de todo simbólico, como expiación por su poder?

Dos imágenes cargadas de intensidad, dos escenas, tres tal vez, que competen todas a formas desfiguradas. Un atavío que corresponde a la engañifa de esta guerra: los periodistas de la CNN con sus máscaras de gas en los estudios de Jerusalén; los prisioneros apaleados, drogados, arrepentidos en la pantalla de la televisión iraquí; y tal vez aquel pájaro marino enviscado de petróleo, alzando su mirada ciega hacia el cielo del Golfo. Engañifa de la información, con su chantaje de incitación al pánico; rostros ajados, entregados a la prostitución de la imagen; imagen de un desamparo ininteligible. Ninguna imagen del campo de batalla, pero imágenes de máscaras, de rostros deshechos o cegados; imágenes de alteración. No es la guerra lo que está

teniendo lugar allá, sino la desfiguración del mundo.

Hay un profundo desprecio en la guerra «limpia», la que reduce al adversario a la impotencia, pero sin destruirlo en su carne, la que se enorgullece de no matar, sino de desarmar y de neutralizar. En un sentido, es peor aún que la otra, ya que le deja a uno con vida. Es como una humillación: despojando de algo menos que la vida, despoja de algo peor que la vida. Hay en ello sin duda incluso un error político, en la medida que se puede aceptar resultar vencido, pero no puesto fuera de combate. En esta manera, de los americanos, de no hacerle la guerra al adversario, sino de eliminarlo sin más, hay una afrenta especial, la misma que hay en no regatear el precio de un objeto, es decir rechazar la relación personal. Todo aquel cuyo precio aceptáis sin discutir os desprecia. Todo aquel a quien desarmáis sin verle resulta insultado y tiene que vengarse. Tal vez algo de esto haya en la presentación ante las cámaras de los prisioneros humillados. Equivale en cierto modo a decirle a Estados Unidos: A vosotros, que no nos queréis ver, os vamos a enseñar qué aspecto tenéis.

Igual que lo mental, el televisor de lo mental transforma todas las enfermedades en síntomas (ya no hay enfermedades orgánicas que no cobren su sentido en otro ámbito, en una interpretación de la dolencia a otro nivel; todos los síntomas circulan por una especie de caja negra donde las imágenes mentales se atropellan y se invierten, la enfermedad se vuelve reversible, inasequible, fuera del dominio de cualquier medicina realista), así la guerra, revertida en la información, deja de ser una guerra realista y se vuelve una guerra virtual, sintomática en cierto modo. Y así como todo lo que discurre por la mente se convierte en objeto de una especulación indefinida, así todo lo que discurre por la información se convierte en objeto de una especulación que no tiene fin, y da lugar a una incertidumbre total. Nos limitan a que nos las componamos, en las pantallas de nuestros televisores, con la lectura sintomática de los efectos de la guerra, o con los efectos de los discursos sobre la guerra, o con unas evaluaciones estratégicas totalmente especulativas, análogas a las de los sondeos en el ámbito de la opinión. De este modo hemos pasado en una semana del 20 al 50 %, y después al 30 % de destrucción del potencial militar iraquí. Una cifra fluctuante, exactamente como las cotizaciones de la Bolsa. «La ofensiva terrestre previsi-

blemente se producirá hoy, mañana, dentro de unas horas, en cualquier caso esta semana... Las condiciones meteorológicas son idóneas para un enfrentamiento, etc.» ¿A quién creer? No hay nada en qué creer. Hay que aprender a leer el síntoma como síntoma, y la televisión como el síntoma histérico de la guerra, que nada tiene que ver con su masa crítica. No parece, por lo demás, que vaya a alcanzar su masa crítica, sigue en su fase de inercia, y la implosión del aparato de información, con su caída tendencial de la tasa de información, parece reforzar la implosión de la propia guerra, con su caída tendencial de la tasa de enfrentamiento.

La información es como un misil no inteligente, que jamás encuentra su objetivo (ni, ¡lamentablemente!, su antimisil) y que por lo tanto se estrella en cualquier sitio, o se pierde en el vacío, en una órbita imprevisible, donde gravita eternamente bajo forma de residuo.

La información no deja de ser un misil errático, de incierto destino, que busca su presa, pero cae en todas las engañifas; es también en sí misma una engañifa, de hecho mea fuera del tiesto, y su resultado las más de las veces equivale a cero. La utopía de una publicidad dirigida, de una información dirigida, es la misma

que la del misil dirigido: no sabe dónde va a dar, y tal vez su misión no consista en acertar sino, como en el caso del misil, su misión esencial consista en ser lanzado (como su propio nombre indica). Las únicas imágenes impresionantes, hablando de misiles, de cohetes, de satélites, son las del lanzamiento. Mismo caso en lo que a publicidad o a planes quinquenales se refiere; todo radica en el lanzamiento de la campaña, el impacto y el resultado son tan aleatorios que las más de las veces no se vuelve a oír hablar de ellos nunca más. Todo el efecto estriba en la programación, el éxito es el del modelo virtual. No hay más que ver los Scuds, su eficacia estratégica es igual a cero, su único efecto (psicológico) reside en el hecho que Saddam consiga lanzarlos.

Que la producción de engaños se haya convertido en un sector importante de la industria bélica, como los placebos se han convertido en un sector importante de la industria médica, como la falsificación se ha convertido en un sector floreciente de la industria del arte, por no hablar de la información, que se ha convertido en un sector prioritario de la industria a secas, todo indica que estamos entrando en un mundo de decepción, donde toda una

cultura se dedica alegremente a la fabricación de su falsificación. Cosa que también significa que ya no se hace demasiadas ilusiones respecto a sí misma.

Todo empezó con el leitmotiv de la precisión, de la eficacia puntual, matemática, quirúrgica, que también representa otra manera de no considerar al enemigo como tal, del mismo modo que la lobotomía constituye una manera de no considerar la locura como tal. Y además, todo ese virtuosismo técnico acaba en la más ridícula de las incertidumbres. A fuerza de aislar al enemigo con tanta interferencia electrónica de todo tipo, se acaba creando una especie de parapeto detrás del cual el propio enemigo acaba volviéndose invisible. Se vuelve «stealthy» a su vez, y su capacidad de resistencia, indetectable. A fuerza de aniquilarlo a distancia y como por transparencia, se acaba por no poder ni detectarlo como muerto.

La idea en sí de una guerra limpia, como la de una bomba limpia, o de un misil inteligente, toda esta guerra concebida como una extrapolación tecnológica de la mente, constituye una

señal inequívoca de locura, como en algunos personajes del Bosco esa campana de cristal, o esa burbuja de jabón en torno a la cabeza, que es el signo de su debilidad mental. Una guerra encerrada en su ataúd de cristal, como Blancanieves, limpia de cualquier ardor bélico y contaminación carnal. Una guerra limpia que concluye en la marea negra.

Los franceses facilitan los aviones y las centrales nucleares, los rusos los blindados, los ingleses los refugios bunkerizados y las pistas de aterrizaje subterráneas, los alemanes los gases, y los italianos la equivalencia de todo lo que antecede pero en engañifa: blindados, bunkers, bombarderos hinchables, misiles de radiación, térmica artificial, etc. Ante semejante despliegue de maravillas, a uno se le dispara la imaginación diabólica: ¿y por qué no máscaras de gas de mentira para los palestinos? ¿Por qué no colocar a los rehenes en un lugar estratégico que fuese una engañifa, una planta química de mentira, por ejemplo?

¿Será derribado algún avión francés? La pregunta se vuelve acuciante, nuestro honor está en juego. Constituiría una prueba de nues-

tro compromiso, y los iraquíes parece empeñados en divertirse frustrándonos (¿tal vez tengan un concepto más justo de nuestro compromiso?). Fuere lo que fuese, el caso es que va a resultar necesario, en este caso también, montar un dispositivo de engaños, de pérdidas simuladas, de falsas víctimas de adorno (como en Timisoara, o en Bagdad, con la destrucción falsa de edificios civiles).

Una guerra de alta concentración tecnológica, pero de escasa definición. ¿Habrá superado su masa crítica debido a un exceso de concentración?

Hermosa ilustración del esquema de la comunicación, en que el emisor y el receptor, a cada lado de la pantalla del televisor, no llegan a encontrarse jamás. En vez de mensajes, los misiles van y vienen por ambas partes, pero la relación dual, personal, es igual de inexistente. De este modo un ataque aéreo sobre Irak se lee en términos de codificación, de decodificación, de *feed-back* (éste es pésimo, ni siquiera se consigue saber qué es lo que se ha destruido). Así se explica la tolerancia de los israelíes: sólo han sido alcanzados por proyectiles abstractos, por misiles. El más mínimo bombardero vivo que hubiese atacado Is-

rael habría provocado una respuesta inmediata. La comunicación, por su parte, también es una relación limpia; cualquier afecto violento, personal, queda en principio excluido. Resulta extraño ver este desafecto, esta profunda indiferencia de uno por el otro, intervenir en el centro mismo de la violencia y de la guerra.

Que los bombarderos Stealthy, indetectables, hayan inaugurado la guerra dirigiendo sus ataques contra engañifas y destruyendo sin duda objetivos falsos, que los servicios secretos («furtivos» también) se hayan equivocado tan gravemente en un sentido primero, y en el otro después, en cuanto a los datos reales del armamento iraquí, y todos los estrategas a continuación en cuanto a los efectos de la guerra electrónica intensiva, es algo que da fe de lo engañoso de la fuerza cuanto ésta ya no se enfrenta al adversario, sino a su propia operación abstracta exclusivamente. Habría que mandar a todos esos generales, almirantes y demás expertos de pacotilla a una posición estratégica hinchable, para saber si esas engañifas al final no acabarían atrayendo sobre sí una bomba real.

A la inversa, la ingenuidad de los americanos confesando su equivocación (declarando

cinco meses después que las fuerzas iraquíes están prácticamente intactas, y que ellos mismos no están preparados para el ataque), toda esta contrapropaganda que aumenta la confusión podría resultar conmovedora si no diera fe de la misma estupidez estratégica que las declaraciones triunfalistas del principio, y no nos tomara además por testigos cómplices de esta sinceridad sospechosa, del tipo: Ya lo veis, os lo decimos todo. Mediante una especie de candidez aparente, los americanos siempre saben explotar sus fracasos, se puede confiar en ellos.

Pequeña fábula onusiana: la ONU despertó (o la despertaron) de su ataúd de cristal (el edificio de Nueva York). Cuando el ataúd cayó y se hizo añicos (en el mismo momento que el bloque del Este), escupió su manzana y resucitó, fresca como una rosa, para ir de inmediato al encuentro del príncipe encantador que la estaba esperando: la guerra del Golfo, también salió del limbo de la guerra fría, tras una larga labor de luto. No cabe la menor duda de que juntas darán a luz un Nuevo Orden Mundial, a menos que acaben, como dos fantasmas, acoplándose vampíricamente.

Viendo como Sadam pasea las cámaras de televisión sobre sus rehenes, sobre los niños que acaricia, sobre los (falsos) objetivos estratégicos, sobre su propio rostro sonriente, sobre las ruinas de una fábrica de leche, uno se dice que todavía tenemos, en Occidente, una visión ingenua e hipócrita de la televisión y de la información, en la medida que, contra toda evidencia, seguimos esperando que se las utilice correctamente. Sadam, por su parte, sabe qué significan los medios de comunicación y la televisión: los emplea haciendo un uso radical, incondicional, absolutamente cínico, por lo tanto absolutamente instrumental. Los rumanos también, en su momento, supieron utilizarlos de manera absolutamente inmoral y mistificadora (desde nuestro punto de vista). Podemos lamentarlo, pero a la vista del principio de simulación que rige en toda la información, incluidas la más pía y la más objetiva, a la vista de la irrealidad estructural de las imágenes y de su orgullosa indiferencia a la realidad, exclusivamente ellos, los cínicos, dan en el clavo de la verdad de la información cuando la utilizan como un simulacro incondicional. Pensamos que distorsionan inmoralmente las imágenes, pero no: exclusivamente ellos abundan en el sentido de la profunda inmoralidad de la imagen, exactamente como los Bokassa y los Amín

Dada ponen de manifiesto, a través de la utilización paródica y ubuesca que hacen de ella, la verdad obscena de las estructuras políticas y democráticas occidentales que nos han copiado. El secreto de los subdesarrollados consiste en parodiar a su modelo, en ridiculizarlo desquiciándolo. Nosotros somos los únicos que conservamos la quimera de la información, y de un derecho a la información.

Ni hablar de *acting-out*, de pasar a la acción; sólo *acting*: ¡se rueda! Pero se ha puesto demasiada película, o ninguna, o resulta que había perdido sensibilidad debido a un almacenamiento demasiado prolongado en la humedad de la guerra fría. Resumiendo, que sencillamente no hay nada que ver. Habrá cosas más adelante, para los lectores de cintas de vídeo de archivo, para las generaciones de videozombis que jamás acabarán de reconstruir el acontecimiento, puesto que ni tan sólo habrán tenido jamás la intuición del no-acontecimiento de esta guerra.

El archivo también forma parte del tiempo virtual, constituye el complemento del acontecimiento «en tiempo real», de esta instantaneidad del acontecimiento y de su difusión. Además, más que de una «revolución» del tiempo

real, de la que habla Virilio, habría que hablar de una involución en tiempo real, de un involución del acontecimiento en la instantaneidad de todas las cosas a la vez, y de disolución en la propia información. Si tenemos en cuenta la velocidad de la luz y el cortocircuito temporal de la guerra pura (el nanosegundo), ésta nos precipita precisamente en la virtualidad de la guerra y no en su realidad, nos precipita en el vacío de la guerra. ¿Hay acaso que acusar a la velocidad de la luz?

Utopía del tiempo real, que simultanearía el acontecimiento en todos los puntos del orbe. De hecho, no vivimos en tiempo real el acontecimiento, sino, a tamaño natural (es decir a tamaño virtual, al de la imagen), el espectáculo de la degradación del acontecimiento y su invocación fantasmal (el «espiritismo de la información»: acontecimiento, ¿estás ahí? Guerra del Golfo, ¿estás ahí?) en el comentario, la glosa, la escenificación verborreica de los presentadores de televisión, que acentúa la ausencia de cualquier imagen, que acentúa la imposibilidad de la imagen, correlativa de la irrealidad de la guerra. Se trata de la misma aporía del *cinéma-verité*, que pretende saltarse a la torera la irrealidad de la imagen para mostrar-

nos la verdad del objeto. La CNN pretende así ser un estetoscopio clavado en el corazón hipotético de la guerra, y mostrarnos su pulso hipotético. Pero esta auscultación tan sólo restituye una ecografía confusa, unos síntomas indecisos, salpicados de diagnósticos dudosos y contradictorios. Verlos morir en directo (metafóricamente, por supuesto) es lo único que cabría esperar, es decir que el acontecimiento, sea cual sea, acabe trastocando la información, en vez de que sea la información la que no hace más que inventar el acontecimiento y comentarlo artificialmente. Esa es la única revolución de la información que cabe, pero no va a producirse en un futuro próximo; presupondría un cambio radical del concepto que de ella tenemos. En su defecto, proseguiremos en el sentido de la involución, de la incrustación del acontecimiento en la información; y cuanto más vamos hacia el directo, hacia el tiempo real, más nos hundimos en este sentido.

El mismo espejismo de progreso que cuando apareció el cine sonoro y en color: con cada etapa de este progreso nos hemos ido alejando de la intensidad imaginativa de la imagen. Cuanto más nos acercamos supuestamente a la realidad (o a la verdad), más nos alejamos de ella, puesto que no existe. Cuanto más nos

acercamos al tiempo real del acontecimiento, más caemos en el espejismo de lo virtual. Que Dios nos proteja del espejismo de la guerra.

A una velocidad determinada, la de la luz, uno pierde hasta la propia sombra. A una velocidad determinada, la de la información, las cosas pierden su sentido. Resulta muy arriesgado enunciar (o denunciar) el Apocalipsis del tiempo real, pues es precisamente entonces cuando el acontecimiento se esfuma y se convierte en un agujero negro del que la luz ya no puede escapar. La guerra implosiona en tiempo real, la historia implosiona en tiempo real, toda comunicación, todo significado, implosiona en tiempo real. Hasta el propio Apocalipsis, como vencimiento de la catástrofe, resulta improbable. Cae por su propio peso víctima del espejismo profético. El mundo no es lo bastante coherente como para abocar el Apocalipsis.

No obstante, confrontando, con Paul Virilio, nuestras opiniones sobre esta guerra, diametralmente opuestas, uno apostando por la escalada apocalíptica, y el otro por la disuasión y la virtualidad indefinida de la guerra, hemos llegado a la conclusión de que esta guerra, manifiestamente sorprendente, iba en ambos sentidos a la vez. La escalada programática de la

guerra es implacable, y su no-acontecer es igual de inevitable a la vez; la guerra corre hacia ambos extremos de la intensificación y de la disuasión a la vez. La guerra y la no-guerra tienen lugar al mismo tiempo, con el mismo tiempo de despliegue y de suspense, con las mismas posibilidades de desescalada o de culminación.

Lo que resulta más extraordinario es que ambas hipótesis, el apocalipsis del tiempo real y de la guerra pura, y el triunfo de lo virtual sobre lo real, se producen al mismo tiempo, en un mismo espacio-tiempo, prosiguiéndose implacablemente ambas. Señal de que el espacio del acontecimiento se ha vuelto hiperespacio de refracción múltiple, que *el espacio de la guerra se ha vuelto definitivamente no euclidiano*. Y de que sin duda no se llegará a una resolución de esta situación: seguiremos inmersos en lo indecible de la guerra, que es el del desencadenamiento de los dos principios opuestos.

La guerra blanda y la guerra pura fluctúan.

Hay una parte de buena voluntad popular en el micropánico que van destilando las noticias que transmiten las ondas. Si el público acepta en el fondo atemorizarse, dejarse aterro- rizar levemente por los montajes bacteriológi-

cos, pero manteniendo una indiferencia bastante profunda hacia la guerra, es debido a una especie de patriotismo afectivo. Pero critica esta indiferencia, pues no hay que desconectarse de la escena mundial, por lo menos hay que movilizarse como comparsa, para salvar la guerra: apenas tenemos pasiones de recambio. Ocurre como con la participación política en épocas de normalidad: se trata mayormente de algo de segunda mano, que se inserta en un fondo de indiferencia espontánea. Ocurre como con Dios: incluso cuando se ha dejado de creer, se sigue creyendo que se cree. En el marco de esta función histórica de recambio, se detecta de inmediato a los que exageran, y éstos abundan. Por el contrario, quienes emiten la hipótesis de esta indiferencia profunda escasean, y serán percibidos como unos traidores.

Esta guerra libera, gracias al poder de los medios de comunicación, una masa exponencial de estupidez, no la estupidez propia de la guerra, ya de por sí considerable, sino de estupidez funcional, profesional, de quienes pontifican en el comentario perpetuo del acontecimiento, de todos los Bouvard y Pécuchet de turno, de los falsos aventureros de la imagen

perdida, de los individuos de la CNN, de todos los chantajistas de la estrategia y de la información que nos habrán hecho experimentar como nunca hasta la fecha el vacío de la televisión. Hay que decir que esta guerra constituye un test despiadado. Felizmente, nadie va a exigirle cuentas a tal o cual (experto, o general, o intelectual de turno) por las tonterías o las sandeces que haya proferido el día antes, puesto que quedarán borradas por las del día siguiente. De este modo, todo el mundo queda amnistiado gracias a la sucesión ultrarrápida de acontecimientos falsos y de discursos falsos. Un lavado de la estupidez mediante la escalada de la estupidez, que restaura una especie de inocencia total, la de los cerebros lavados, limpiados, atontados no por la violencia sino por la siniestra insignificancia de las imágenes.

Chevènement en el desierto: *Morituri te salutant!* Menudo ridículo. Francia con sus viejos Jaguars y sus pantuflas presidenciales.

Capillon en la televisión: la ventaja de esta guerra habrá consistido en reciclar a nuestras lumbreras militares en la televisión. Hay motivos para echarse a temblar cuando se piensa que en otros tiempos, en una guerra de ver-

dad, habrían sido operativos en el campo de batalla.

Lío: esta manifestación pacifista en París, por lo tanto indirectamente a favor de Sadam Husein, quien por su parte sí quiere la guerra, y en contra del gobierno francés, quien por su parte no la quiere, y da muestras inequívocas desde el principio de rechazarla, o de prestarse a ella de mala gana.

Tiendas vacías, vacaciones suprimidas, reducción de la actividad, ciudades abandonadas a las multitudes ausentes, podría suceder que esta guerra, tras la coartada del pánico, fuera la ocasión soñada para el pedaleo suave, para reducir la marcha, aflojar el *forcing*. Las partículas desenfrenadas se calman, la guerra hace olvidar la guerrilla de la vida cotidiana. ¿Catarsis? No: remozamiento. O la tele, clavando a la gente en sus casas, cumple plenamente con su función de control social mediante el embotamiento colectivo: girando inútilmente sobre sí misma como un derviche, mantiene amarradas a las multitudes tanto mejor cuanto que las decepciona, igual que un bodrio de novela policiaca, que no

le cabe a uno en la cabeza que pueda ser tan malo.

Se reconstruye Irak incluso antes de haberlo destruido. Servicio posventa. Una anticipación semejante todavía le resta más credibilidad a la guerra, que realmente no lo necesitaba para desanimar a quienes estaban dispuestos a creer en ella.

Ocasionalmente, un rasgo de humor negro: los doce mil ataúdes enviados al mismo tiempo que las armas y las municiones. En este caso también, los americanos una vez más habrán dado muestras de presunción: sus bajas no guardan relación alguna con sus previsiones. Pero Sadam les había desafiado diciendo que no serían capaces de sacrificar a diez mil hombres para hacer una guerra; y los americanos han respondido enviando doce mil ataúdes.

La sobreestimación del número de bajas forma parte de la misma iluminación megalomaniaca que el despliegue publicitario del «Escudo del Desierto» y el desenfreno de los bombardeos. Los bombarderos hasta se han quedado sin objetivos. A los iraquíes ya no les quedan suficientes engañifas para cubrir las necesidades de las incursiones constantes. No hay

más remedio que bombardear cinco veces el mismo objetivo. Qué escarnio.

Desenfreno de la artillería británica durante veinticuatro horas. Hace tiempo que ya no queda nada por destruir. Entonces, ¿para qué? ¿Para «cubrir con el estrépito de los disparos de la artillería el de las columnas de blindados que suben hacia el frente»? Ya que, por supuesto, hay que seguir manteniendo el efecto de sorpresa (estamos a 21 de febrero). La mejor, resulta que ya no quedaba nadie, los iraquíes ya se habían ido. Qué absurdo.

Sadam es un mercenario, los americanos unos misioneros. Pero una vez derrotado el mercenario, *de facto* los misioneros se convierten en los mercenarios del mundo entero. Ahora bien, el abandono de toda voluntad y de toda inteligencia política es el precio que hay que pagar para convertirse en un mercenario perfecto. Los americanos no constituirán una excepción: si quieren ser la policía del mundo y del Nuevo Orden Mundial, tienen que perder cualquier autoridad política, en beneficio exclusivo de su capacidad operacional. Se convertirán en meros ejecutores, y todos los demás en meros comparsas del Nuevo Orden Mundial, consensual y policiaco.

Sea cual sea el dictador que haya que derrotar, una fuerza punitiva y segura de sí misma atemoriza más todavía. Una vez adoptado el estilo israelí, a partir de ahora los americanos lo explotarán por doquier, encerrándose como los israelíes en la espiral de la represión incondicional.

Para los americanos, el enemigo como tal no existe. *Nothing personal*. Vuestra guerra no me interesa, vuestra resistencia no me interesa. Os destruiré cuando toque. Se niegan a regatear, mientras que S. H., por su parte, regatea su guerra, inflando los precios para poder rebajarlos, tratando de llevarse el gato al agua, presionando y chantajeando, como un charlatán de feria. En este psicodrama del regateo, los americanos no comprenden nada de nada, y muerden el anzuelo una y otra vez hasta que, con el orgullo maltrecho del occidental, se ponen duros e imponen sus condiciones. En este duelo flotante, en estas escaramuzas en las que se ventilan, en un breve instante, el honor y el deshonor de cada cual, no comprenden ni jota, no conocen más que su propia virtud, y saben valerse de ella. Si el otro pretende jugar, obrar con astucia, desafiar, harán un uso virtuoso de su fuerza. Responderán a las argucias del otro

con su blindaje del carácter y el de sus blindados. Para ellos, la hora del intercambio no existe. Ahora bien, el otro, aun a sabiendas de que acabará cediendo, no puede hacerlo de buenas a primeras así sin más. Tiene que ser reconocido como interlocutor; en esto consiste el envite del intercambio. Tiene que ser reconocido como enemigo; en esto consiste el envite de la guerra. Para los americanos, el regateo es algo vil, mientras que para los otros es una cuestión de honor, de reconocimiento personal (dual), de estrategia verbal (el idioma existe, hay que rendirle honores) y de respeto del tiempo (la altercación exige un ritmo, éste es el precio de la existencia del Otro). A los americanos estas sutilezas primitivas les traen sin cuidado. Tienen mucho que aprender sobre los intercambios simbólicos.

Por el contrario, en el aspecto económico salen ganando. No se pierde el tiempo discutiendo, no se corren riesgos psicológicos en las apuestas duales con el otro; es la demostración de que el tiempo no existe, de que el otro no existe, de que lo único que cuenta es el modelo, y el dominio del modelo.

Desde una óptica militar, hacer durar esta guerra como lo están haciendo (en vez de aplicar una solución a la israelí, sacando provecho de la correlación de fuerzas inmediatamente y saltándose a la torera todos los efectos de re-

bote) es una solución pesada, sin gloria, y rebosante de efectos perversos (el carisma de Sadam entre las masas árabes). Pero, de este modo, imponen un suspense, un vacío de tiempo en el que ofrecen, a sí mismos y al mundo entero, el espectáculo de su poderío virtual. Habrán hecho que la guerra durara el tiempo que hacía falta, no tanto para vencer como para convencer al mundo entero de la infalibilidad de su máquina de guerra.

Ahora bien, la victoria del modelo es más importante que la victoria sobre el terreno. El éxito militar consagra el triunfo de las armas, pero el éxito de la programación consagra la derrota del tiempo. El *war-processing*, la transparencia del modelo en el desarrollo de la guerra, la estrategia de ejecución implacable de un programa, la electrocución de cualquier reacción, de cualquier iniciativa viva, las suyas propias incluidas, son más importantes, desde la perspectiva de la disuasión general (tanto la de los amigos como la de los enemigos), que el resultado final sobre el terreno. Guerra limpia, guerra blanca, guerra programática, más mortífera que la que sacrifica vidas humanas.

Estamos lejos del aniquilamiento, del holocausto y del apocalipsis nuclear, la guerra total

que sirve de fantasía arcaica a la histeria de los medios de comunicación, Al contrario, esta especie de guerra preventiva, disuasoria, punitiva, es un toque de atención para que cada cual evite la escalada a posiciones extremas y se imponga a sí mismo lo que se les impone a los demás (es el complejo del misionero); la regla del juego que hace que cada cual tenga que permanecer por debajo del límite de sus fuerzas y no hacer la guerra por todos los medios. La fuerza debe permanecer virtual y ejemplar, es decir virtuosa. El aprendizaje planetario de esta regulación constituye el test decisivo. Así como la riqueza no se mide por la ostentación de riqueza, sino por la circulación secreta de los capitales especulativos, del mismo modo la guerra no se mide por su desencadenamiento, sino por su desarrollo especulativo, en un espacio abstracto, electrónico, informático, el mismo que aquel en el que se mueven los capitales.

Aunque esta coyuntura no excluye por completo un accidente (un desajuste de lo virtual), no obstante, la probabilidad de una irrupción de una escalada a posiciones extremas semejante, de una violencia dual semejante llamada guerra, paulatinamente se va debilitando.

Sadam el histérico. El follonero intermina-

ble. No se puede aplastar al histérico, renace de sus síntomas como de sus cenizas. Frente al histérico, el otro se vuelve paranoico, despliega un gigantesco dispositivo de protección y de desconfianza. Acusa al histérico de mala fe, de argucias, de disimulo. Quiere someterle a la verdad, a la transparencia. El histérico es irreductible. La utilización de engaños, la inversión de las alianzas le son consustanciales. Frente a esta lubricidad, a esta duplicidad, el paranoico no tiene más remedio que envararse más, volverse más obsesivo. El reproche más violento que Bush ha dirigido contra Sadam Husein es tratarle de mentiroso, de traidor, de mal jugador, de tramposo. *Lying son of a bitch!* Sadam, como buen histérico, jamás ha parido su propia guerra: para él, se trata sencillamente de un embarazo psicológico. En cambio, ha conseguido hasta ahora impedir que Bush pariera la suya. Y, con la complicidad de Gorbachov, casi consigue hacerle un hijo por detrás. Pero el histérico no es un suicida, ésta es la cara buena de Sadam. No es un loco ni un suicida. ¿Tal vez convendría aplicarle un tratamiento de hipnosis?

Los iraquíes y los americanos tienen por lo menos una cosa en común, un crimen que

comparten (y Occidente con ellos). Hay muchas cosas en esta guerra que se explican por esta fechoría anterior, de la que cada cual pensaba que podría sacar provecho impunemente, pero cuya secreta expiación alimenta la guerra del Golfo, hasta incluso en su propia confusión, y en su aspecto de ajuste de cuentas. Se habla muy poco de este episodio anterior, hasta ese punto se ha puesto todo el mundo de acuerdo para olvidarlo (incluso los iraníes); se trata de la guerra contra Irán. Sadam tiene que vengarse de no haber salido vencedor, a pesar de ser el agresor, y con la seguridad de su impunidad. Tiene que vengarse de Occidente, que le arrastró a ella, y los americanos, por su parte, tienen que eliminarlo como cómplice molesto de esta fechoría.

Para cualquier gobernante o déspota, el poder sobre su propio pueblo tiene prelación sobre lo demás. En el caso de la guerra del Golfo, representa la única posibilidad de solución o de desescalada. Sadam preferirá ceder antes que destruir su hegemonía interna, sacrificar su ejército, etc. En este sentido, el poner su aviación a buen recaudo en Irán significaría más bien una buena señal, no una señal ofensiva, sino la argucia del desvalijador que oculta

su botín para recuperarlo cuando salga de la cárcel; por lo tanto, que aboga en contra de cualquier determinación heroica y suicida.

Aunque haya una fracción de intelectuales y de políticos, especialistas en cautelas mentales y cortapisas, partidaria de la guerra a regañadientes, y que haya otra que se declare contraria desde lo más profundo de su ser, pero por razones igual de turbias, todos coinciden en un punto: esta guerra existe, nos hemos topado con ella. Ni asomo de interrogación sobre el acontecimiento en sí, sobre su realidad, sobre la estafa de la guerra, sobre la engañifa programada de esta guerra, siempre pospuesta, sobre la maquinación de esta guerra, amplificadas por la información, por no hablar del derroche inverosímil de material, de la manipulación sistemática de los datos, la dramatización artificial... Ya que no tenemos la inteligencia práctica de la guerra (y ninguno de nosotros la tiene), tengamos por lo menos la inteligencia escéptica, sin renunciar por ello al sentimiento patético de su absurdo.

Aunque hay absurdos de diversos tipos: el de la masacre y el de caer en la trampa de la engañifa de la masacre. Ocurre como en la fábula de La Fontaine: el día que se produzca una

guerra de verdad, ni tan sólo notaréis la diferencia. La verdadera victoria de los simuladores de guerra estriba en haber metido a todo el mundo en la podredumbre de esta simulación.

LA GUERRA DEL GOLFO NO HA TENIDO LUGAR

Puesto que esta guerra ya estaba ganada de antemano, jamás sabremos qué pinta habría tenido si hubiese existido. Jamás sabremos qué pinta habría tenido un iraquí que hubiese luchado con alguna posibilidad de combatir. Jamás sabremos qué pinta habría tenido un americano que hubiese luchado con alguna posibilidad de ser derrotado. Hemos visto qué pinta tiene un proceso ultramoderno de electrocución, de parálisis, de lobotomía de un enemigo experimental fuera del campo de batalla, sin posibilidad de reacción. Pero esto no es una guerra. Del mismo modo que 10.000 toneladas diarias de bombas no bastan para hacer que esto sea una guerra. Igual que la transmisión directa vía CNN, el tiempo real de la información no basta para autentificar una guerra. Uno piensa en *Capricornio Uno*, donde el vuelo tripulado de un cohete hacia Marte, que única-

mente había tenido lugar en unos estudios cinematográficos en el desierto, era retransmitido en directo por todas las televisiones del mundo.

Se ha hablado de guerra quirúrgica, y bien es verdad que algo hay en común entre esta destrucción *in vitro* y la fecundación *in vitro*; esta última también produce un ser vivo, pero no basta para hacer una criatura. Una criatura, salvo en el Nuevo Orden Genético, es el fruto de un cópula sexuada. La guerra, excepto precisamente en el Nuevo Orden Mundial, es producto de una relación antagónica, destructora, pero dual, entre dos adversarios. Esta guerra de ahora es una guerra asexuada, quirúrgica, *war-processing*, cuyo enemigo sólo figura como objetivo en un ordenador, exactamente igual que el compañero sexual, que sólo figura como un nombre en clave en el monitor del ordenador rosa. Si se puede hablar de sexo en este caso, entonces también la guerra del Golfo, como guerra, puede tener un pase.

Los iraquíes hacen saltar por los aires edificios civiles para que se crea en la guerra sucia. Los americanos camuflan informativos vía satélite para que se crea en la guerra limpia. ¡Todo son apariencias! La última treta iraquí: vaciar

Kuwait en secreto para ridiculizar de este modo la gran ofensiva. Llegados a este punto, tal vez hasta la propia guardia presidencial no fuera más que un espejismo, en cualquier caso la habrán explotado como tal hasta el final. Todo esto no son más que estratagemas y la guerra concluye en el aburrimiento general, peor aún, con una sensación de engaño. Fanfarronada iraquí, machada americana. Hay como una especie de virus en esta guerra que, desde el principio, la habrá desposeído de cualquier credibilidad. Tal vez se deba a que ambos adversarios ni tan sólo estaban frente a frente, uno perdido en su guerra virtual y ganada de antemano, y el otro enterrado en su guerra tradicional y perdida de antemano. Ni siquiera habrán llegado a verse las caras: cuando los americanos aparecieron al fin, detrás de su cortina de bombas, los iraquíes ya habían desaparecido detrás de su cortina de humo...

El efecto general que produce es el de una burla a la que ni siquiera habremos tenido tiempo de aplaudir. La única escalada habrá sido la de las engañifas, que inauguran la era definitiva de las grandes confrontaciones que se desvanecen en la niebla. Los acontecimientos del Este todavía brindaron la sensación de una sorpresa divina. Nada semejante en el Golfo, el acontecimiento ha sido devorado por

adelantado por el virus parasitario, el retrovirus de la historia. Por eso cabía emitir la hipótesis de que esta guerra no tendría lugar. Y ahora que ha concluido, podemos por fin darnos cuenta de que no ha tenido lugar.

Ha permanecido sepultada demasiado tiempo, tanto en los bunkers de hormigón y de arena de los iraquíes, como en el firmamento electrónico de los americanos, como detrás de las pantallas parlanchinas de las televisiones, otra modalidad de sepultura. En la actualidad, todo tiende a sepultarse, la información incluida, en sus bunkers informáticos. La guerra, también, se sepulta para sobrevivir. En este foro que es la guerra del Golfo, todo se oculta: se ocultan los aviones, se entierran los tanques, Israel se hace el muerto, se censuran las imágenes, toda la información está bloqueada en el desierto: sólo funciona la tele, como un medio sin mensaje, mostrando por fin la imagen de la televisión pura.

La guerra, por su parte, es como un animal, se oculta en su madriguera. Se esconde en la arena, se esconde en el cielo. Es como los aviones iraquíes: sabe que no tiene ninguna posibilidad si sale a la superficie. Espera su hora... que ya no llegará.

Los mismísimos americanos son los vectores de esta catalepsia. Ni hablar de que la gue-

rra se salga de sus planes, de su desarrollo programado. Ni hablar de que los iraquíes entren en la guerra, en su guerra. Ni hablar de que el Otro se salga de sus ordenadores. Cualquier reacción, incluso por parte de ellos mismos (ha quedado de manifiesto durante el episodio de los prisioneros, que debería haberles hecho reaccionar con violencia), cualquier abreacción fuera del programa, cualquier improvisación es eliminada (hasta los israelíes fueron amordazados). Lo que se ha puesto a prueba en este caso, con esta exclusión del enemigo, con esta reclusión experimental de la guerra, es la validez futura, para la totalidad del planeta, de este tipo de hazaña irrespirable, maquinista, virtual e implacable en su desarrollo. Dentro de esta perspectiva, la guerra no es posible. Hay tan poco espacio para la guerra como para cualquier veleidad de forma viva.

La guerra despojada de sus pasiones, de sus fantasmas, de sus oropeles, de sus velos, de su violencia, de sus imágenes, la guerra desnuda por sus propios técnicos, y envuelta después por los mismos, como con una segunda piel, con los artificios de la electrónica. Pero ellos también son una especie de engañifa que la técnica va erigiendo ante sí misma. Los se-

ñuelos de Sadam Husein todavía tratan de engañar al enemigo, pero el señuelo técnico americano sólo trata de engañarse a sí mismo. Los primeros días del ataque relámpago, dominados por esta mistificación tecnológica, permanecerán como uno de los faroles más sonados, como unos de los espejismos colectivos más sonados de la Historia contemporánea (junto con el de Timisoara). Hay que decir que todos somos cómplices de estas fantasmagorías, igual que de cualquier campaña publicitaria. Los parados constituían antaño el ejército de reserva del Capital, nosotros constituimos en la actualidad, con nuestra dependencia de la información, el ejército de reserva de todas las mistificaciones planetarias.

Sadam ha construido (deliberadamente o no) toda su guerra como una engañifa, incluido el engaño de la derrota, que más bien da la impresión de un síncope histérico, del tipo: ¡Cucú, ya no estoy! Pero los americanos, por su parte, también han llevado el asunto como una engañifa, como un espejo parabólico de su propio poder, sin tener en cuenta lo que tenían enfrente, o alucinando a los de enfrente como si constituyeran una amenaza a su medida; si no ni siquiera se habrían creído su propia victoria.

Su propia victoria como engañifa triunfal, respondiendo a la engañifa iraquí de la debacle. En el fondo, ambos estaban conchabados como dos charlatanes de feria, y nos han tomado el pelo colectivamente. Por ello esta guerra ha sido siempre incomprensible, indefinible, y cualquier estrategia ha dado paso a la estratagema.

De los dos adversarios, uno es un comerciante de tapices, el otro un traficante de armas: no tienen ni la misma lógica ni la misma estrategia, aunque ambos sean unos truhanes. Entre ellos, la comunicación es tan escasa que no basta ni para que se hagan la guerra. Sadam no se batirá jamás, los americanos lo harán, en la pantalla, contra un doble ficticio. Pues ven a Sadam como debería ser, un héroe modernista, digno de ser derrotado (¡el cuarto ejército del mundo!). Ahora bien, Sadam sigue siendo un comerciante de tapices, y toma a los americanos por otros comerciantes de tapices más poderosos que él, pero menos astutos. De la disuasión ni se entera. Para que pueda haber disuasión, tiene que haber comunicación. Se trata de un juego de estrategia nacional, que presupone una comunicación en tiempo real entre ambos adversarios; pero resulta que en esta guerra jamás ha habido comunicación, en ningún momento, siempre ha existido un desfase en el tiempo, Sadam moviéndose en un tiempo dilatado, el del

chantaje, de la prórroga, del falso avance, de la retirada; exactamente lo contrario del tiempo real: el tiempo recurrente de las Mil y Una Noches. La disuasión presupone también una escalada virtual entre ambos adversarios. Toda la estrategia de Sadam, por el contrario, se basa en la desescalada (se fija un precio máximo, y luego se va rebajando gradualmente). Y su desenlace respectivo no es el mismo en absoluto. El fracaso del regateo se salda con un rechazo; el comerciante recoge su tapiz y se va. Así, Sadam hace mutis por el foro y desaparece sin más. El fracaso de la disuasión se salda con la fuerza: éste es el caso de los americanos. Una vez más, ninguna relación entre los dos, cada uno juega en su espacio propio y yerra al otro. Ni siquiera se puede decir que los americanos han derrotado a Sadam, se ha escabullido, ha desescalado, y éstos no han podido seguir con la escalada hasta su destrucción.

Por último, ¿a ver quién habría podido hacerle tantos favores a todo el mundo, en tan poco tiempo, y con un costo tan reducido como Sadam Husein? Ha reforzado la seguridad de Israel (retroceso de la Intifada, incremento de la ola de simpatía de la opinión mundial en favor de Israel), garantizado la gloria de

los ejércitos americanos, brindado a Gorbachov una posibilidad política, abierto la puerta a Irán y al chiísmo, relanzado la ONU, etc., y todo de balde, puesto que él es el único que ha tenido que pagar con el precio de la sangre. ¿Puede concebirse un hombre tan admirable? ¡Y ni siquiera ha sido derrocado! Continúa siendo un héroe para las masas árabes. Todo sucede como si hubiese sido un agente de la CIA disfrazado de Saladino.

Resistir a la probabilidad de cualquier información, de cualquier imagen, la que sea. Ser más virtuales que los acontecimientos mismos, no restablecer la verdad, no disponemos de los medios necesarios, pero sin dejarnos engañar, y, para ello, volver a sumir de nuevo toda la información y la guerra en la virtualidad de la que proceden. Volver la disuasión contra sí misma. Ser meteorológicamente sensible a la estupidez.

En el caso de esta guerra, se trata de la ilustración viva de una lógica implacable, que nos vuelve incapaces de contemplar otra hipótesis que la de su acontecimiento real. La lógica realista que experimenta el engaño del resultado final. El desmentido de los hechos nunca es tal. La resolución final de una ecuación tan compleja como una guerra nunca estriba en la evi-

dencia de la guerra. Se trata de captar, sin anhelos proféticos, la lógica de su desarrollo. Estar en contra o a favor de la guerra es una idiotez a partir del momento en que, ni por un instante, se pone en tela de juicio la probabilidad misma de esta guerra, su credibilidad, su nivel de realidad. Todas las especulaciones ideológicas y políticas resultan de la disuasión mental (la estupidez). Con su consenso inmediato sobre la evidencia, refuerzan la irrealidad de esta guerra, con su engaño inconsciente, hacen que el fraude de esta guerra sea todavía mayor.

Los belicistas auténticos son los que viven de la ideología de la veracidad de esta guerra, mientras que la guerra en sí causa estragos a otro nivel, mediante el trucaje, la hiperrealidad, el simulacro, mediante toda la estrategia mental de disuasión que se ejerce en los hechos y en las imágenes, en la anticipación de lo virtual sobre lo real, en la del tiempo virtual sobre el acontecimiento, y en la confusión inexorable de ambos. Todos aquellos que nada entienden de estos asuntos refuerzan involuntariamente este cerco de engaño que nos rodea.

Los iraquíes han sido electrocutados, lobotomizados, precipitándose hacia los periodistas de la televisión para entregarse, o aquejados de

parálisis al pie de sus blindados, ni siquiera demoralizados: descerebrados, estupefactos más que derrotados. ¿Cabe llamar guerra a algo así? Todavía ahora se pueden contemplar los jirones de esta guerra pudriéndose en el desierto, exactamente igual que los jirones del mapa en la fábula de Borges, pudriéndose en los cuatro confines del territorio (curiosamente, sitúa por lo demás su fábula en las mismas lindes orientales del Imperio).

Guerra amañada, guerra decepcionante, ni siquiera engaño; el desengaño de la guerra, no sólo relacionado con el cálculo defensivo, que se traduce por la profilaxis monstruosa de esta maquinaria militar, sino con el desengaño mental de los propios combatientes, y con el desengaño, mundial, de todos los demás, a través de la información. Y es que la disuasión es un dispositivo total (ella es el verdadero dispositivo de guerra), y no sólo interviene en el corazón mismo del acontecimiento, donde la cobertura electrónica de la guerra ha engullido el espacio y el tiempo, donde la virtualidad (el timo, la programación, la anticipación del final), cual bomba de depresión, ha engullido todo el oxígeno de la guerra; también desempeña su papel en nuestras cabezas. La información tiene una profunda función de decepción. Poco importa de qué nos «informa», poco im-

porta su «cobertura» de los acontecimientos, pues precisamente no es más que eso, una cobertura; su objetivo es el consenso, mediante encefalograma plano. Someter a todo el mundo a la recepción incondicional del simulacro retransmitido por las ondas, en eso consiste el complemento del simulacro incondicional sobre el terreno. Abolir cualquier comprensión del acontecimiento. Lo que resulta de ello es una atmósfera irrespirable de decepción y de estupidez. Y si uno toma vagamente conciencia de que es víctima de esta satisfacción y de este desengaño de las imágenes, remoja esta decepción y sigue fascinado por la evidencia del tinglado de esta guerra, que se nos inocular por doquier, por los ojos, por los sentidos, por los discursos.

Hay contabilidades irónicas que ayudan a digerir el topetazo o el timo de esta guerra. Un simple cálculo pone de manifiesto que sobre 500.000 soldados americanos implicados a lo largo de siete meses en las operaciones del Golfo, el número de bajas, exclusivamente en accidentes de tráfico, habría sido tres veces más elevado si los hubieran dejado en la vida civil. ¿Hay que contemplar la posibilidad de multiplicar las guerras limpias para reducir los balances de víctimas mortales en tiempos de paz?

Cabría extraer de este hecho una filosofía de los efectos perversos, respecto a los cuales uno tiende a creer que siempre tienen resultados funestos, cuando unas causas funestas (la guerra, las enfermedades, los virus) producen con frecuencia efectos perversos benéficos. No por ello resultan menos perversos, pero son más interesantes que los demás, especialmente porque jamás han sido objeto de estudio, por principio. Salvo para Mandeville, por supuesto, en su *Fábula de las abejas*, donde queda de manifiesto que cualquier sociedad prospera a partir de sus vicios. Pero el curso de las cosas nos ha ido apartando cada vez más de una comprensión de este tipo.

Un ejemplo: la disuasión en sí. Sólo funciona correctamente en igualdad de armamento. Es necesario idealmente que cada adversario disponga de las mismas armas para que acepte renunciar a utilizarlas. Así pues, únicamente la proliferación de las armas (atómicas) puede garantizar el funcionamiento de una disuasión mundial eficaz y el suspense indefinido de la guerra. La política actual de no proliferación está jugando con fuego: siempre habrá suficientes locos dispuestos a lanzar un desafío arcaico, por debajo de la respuesta atómica; para muestra, Sadam. Estando las cosas como están, hay que depositar la esperanza en

la multiplicación del armamento antes que en su limitación (nunca respetada). En este caso también, hay que contar con el efecto perverso benéfico de la proliferación. Hay que progresar en la escalada de la virtualidad (de la destrucción), so pena de caer en la desescalada de la realidad. Tal es la paradoja de la disuasión. Sucede como con la información, o la cultura, u otros bienes materiales y espirituales: únicamente la proliferación los vuelve indiferentes y neutraliza sus efectos perversos negativos. Multiplicad los vicios para garantizar el bien colectivo.

Dicho lo que antecede, las consecuencias de lo que no ha tenido lugar pueden ser tan graves como las de un acontecimiento histórico. La hipótesis podría consistir en que tanto en el caso de la guerra del Golfo como en el de los acontecimientos del Este, ya no se trata de acontecimientos «históricos», sino de lugares de desmoronamiento. Lugar de desmoronamiento del comunismo en el Este, cuya construcción, por su parte, había constituido un acontecimiento histórico, sustentado por una visión del mundo y una utopía, mientras que su desmoronamiento no se sustenta en nada, no sustenta nada, y tan sólo desemboca en un desierto confuso que la retirada de la historia ha

dejado libre y que queda invadido en el acto por los residuos de la historia.

Lugar de desmoronamiento esta guerra del Golfo también, operación virtual y meticulosa, que produce idénticamente impresión de sobreseimiento, donde la confrontación militar ha quedado en agua de borrajas, y donde ninguna fuerza política ha demostrado su valía. Pero esta no-guerra en forma de victoria también confirma el desmoronamiento político occidental en todo el ámbito de Oriente Medio, incapaz incluso de eliminar a Sadam y de imaginar o de imponer nada, excepto este nuevo orden desértico y policial llamado orden mundial.

A resultas de este sobreseimiento, y prueba viviente de la debilidad política occidental, Sadam sigue vivito y coleando, convertido nuevamente en lo que siempre ha sido, el mercenario de Occidente, merecedor de una reprimenda por no haber sabido quedarse en el lugar que le correspondía, pero merecedor también de continuar gaseando a kurdos y chiítas, ya que ha tenido el buen gusto de no emplear estas armas contra estos perros occidentales, merecedor de conservar su guardia presidencial, puesto que ha tenido la inteligencia de no sacrificarla en el combate. Milagrosamente (pensábamos que la habíamos destruido), ésta

recupera todo su arrojo contra los insurrectos. Constituye por lo demás una de las características de Sadam, hacer gala de combatividad y de ferocidad única y exclusivamente contra sus enemigos interiores, como cualquier dictador auténtico, puesto que la finalidad última del político, cuidadosamente disimulada en otros pagos gracias a los efectos de la democracia, consiste en conservar el control sobre su propio pueblo por todos los medios, incluido el terror. Esta función de revelador político, y de coartada para las democracias al mismo tiempo, que encarnan las dictaduras, explica sin duda la debilidad inexplicable de las grandes potencias para con ellas. Sadam liquida a los comunistas, tanto más coquetea Moscú con él; puede gasear a los kurdos, nadie se lo tiene en cuenta; elimina a las autoridades religiosas, y todo el Islam se reconcilia con él. ¿De dónde procede esta impunidad? ¿De dónde procede que se limiten a infligirle un simulacro de derrota militar perfecto, a cambio de un simulacro de victoria perfecto para los americanos? Esta recuperación ignominiosa de Sadam tras su número de payaso al frente de la guerra santa significa a todas luces que, por ambos bandos, se considera que la guerra no ha tenido lugar. Ni siquiera la última fase de esta mistificación armada habrá cambiado nada, ya

que las 100.000 bajas iraquíes únicamente habrán sido, una vez más, el último señuelo que Sadam habrá sacrificado, el precio de la sangre vertida en prenda, de acuerdo con una equivalencia calculada para conservar el poder. Y lo peor es que estos muertos, además, también sirven de coartada para quienes no quieren haberse exaltado por nada, ni haberse dejado tomar el pelo por nada: por lo menos los muertos, por lo menos ellos, podrían constituir la prueba de que esta guerra era una guerra de verdad, y no una tomadura de pelo vergonzante e inútil, una versión programada y melodramática de lo que era el drama de la guerra (Marx ya habló de esta versión segunda, melodramática, de un acontecimiento anterior). Pero podemos contar, indudablemente, con que el próximo dramón de este tipo gozará de una credibilidad aún más lozana y alegre.

¡Menuda labor ha hecho Sadam para los americanos, desde su lucha contra Irán hasta esta debacle llaves en mano! No obstante, todo es ambiguo, puesto que este desmoronamiento resta cualquier valor demostrativo al poderío americano, pero también cualquier credibilidad a las ideologías occidentales de modernidad, de democracia, de laicismo, en cuya en-

carnación en el mundo árabe habíamos convertido a Sadam.

Queda manifiesto que los occidentales, basándose en el modelo recién estrenado en los países del Este, soñaban con una perestroika islámica, la irresistible instauración de la democracia en los países derrotados por las fuerzas del Bien, Los países árabes van a liberarse (los pueblos sólo pueden desear liberarse), y las mujeres de Arabia Saudita van a tener derecho a conducir vehículos a motor. Lamentablemente, no es verdad en absoluto. Los vencidos no habrán sido convencidos y, hurtándose voluntariamente, dejarán a los vencedores el sabor amargo de una victoria irreal hecha a la medida. La derrota también puede ser una sobrepuja y un nuevo envite, el eslabonamiento no se detiene jamás. El resultado es imprevisible y probablemente no cabrá descontarlo en términos de libertad.

No se ha producido ningún accidente en esta guerra, todo ha transcurrido de acuerdo con el orden programático, sin desórdenes pasionales. Nada que hubiera podido metamorfosear las cosas en duelo se ha producido.

Cabe incluso interrogarse sobre el estatuto de los muertos, tanto de un bando como del otro. Las bajas mínimas de los coaligados plantean un problema serio, cosa que no ha sucedido en ninguna guerra anterior. Cabe congratularse por la cifra ridícula de muertos, pero nada impedirá que esta cifra sea ridícula. Es curioso, pero una guerra sin víctimas no parece una guerra de verdad, sino más bien una especie de prefiguración de una guerra de prueba experimental, de una guerra más inhumana aún, puesto que sin pérdida de vidas humanas. Tampoco hay héroes en el otro bando, donde la muerte habrá sido las más de las veces la de los comparsas sacrificados, abandonados como cobertura en las trincheras de Kuwait, o las de los civiles que servían de señuelo y de mártires de la guerra sucia. Desaparecidos, abandonados a su suerte, en medio de la confusión de la guerra, en medio del desprecio de su jefe, sin siquiera la gloria colectiva de la cantidad (no se sabe cuántos son).

El desaparecido, por lo demás, al mismo título que el rehén, o el arrepentido, se ha convertido en un personaje emblemático de nuestro universo político. Antes había los muertos y los traidores, ahora hay los desaparecidos y los arrepentidos: todos unos rehabilitados. Hasta los muertos están rehabilitados: «Ya los hemos

enterrado, ya no los podemos contar», Schwarzkopf *dixit*. En Timisoara había demasiados, aquí no hay, pero es lo mismo. La no-voluntad de saber forma parte de la no-guerra. La mentira y la vergüenza han ido apareciendo en el transcurso de esta guerra como una enfermedad de transmisión sexual.

Blanquear la guerra. Igual que se reconstruía Kuwait e Irak antes de haberlos destruido, del mismo modo en cada fase de esta guerra, las cosas han discurrido como si virtualmente ya estuvieran concluidas. Y no será porque no haya sido esgrimida la amenaza de una guerra química, de una guerra sangrienta, de una guerra mundial, cada cual ha puesto de su parte, como si hubiese hecho falta darse miedo, mantener a todo el mundo en erección, no fuera que decayera la verga flácida de la guerra. Y esta paja en vacío ha hecho la dicha de todas las televisiones del mundo. Habitualmente, solemos recusar, por enfático, por afectado, hueco y teatral, este tipo de comportamiento; ¿por qué no recusar un acontecimiento en su totalidad si está aquejado de la misma histeria?

En muchos aspectos, esta guerra habrá sido

un escándalo, del mismo tipo que Timisoara. No tanto el de la guerra en sí como el de la manipulación de las conciencias, del chantaje en el guión; puesto que el peor de los escándalos sigue siendo la demanda colectiva de intoxicación, la complicidad de todos en los efectos de la guerra, en los efectos de realidad y de falsa transparencia de esta guerra. Casi se podría hablar del atosigamiento de los medios de comunicación como del acoso sexual. Lamentablemente, el problema siempre es el mismo, y es insoluble: ¿dónde empieza la violencia real, dónde se termina la violencia consentida? El farol, la información habrán servido de afrodisíaco a la guerra, igualito que los cadáveres de Timisoara y su redifusión mundial habrán servido de afrodisíaco a la revolución rumana.

Pero, en el fondo, ¿qué tenéis en contra de los afrodisíacos? Nada, con tal de que lleguemos al orgasmo. Y el mejunje de los medios de comunicación se ha convertido en el preámbulo previo a cualquier orgasmo que tenga que ver con los acontecimientos. Y precisamente este mejunje nos resulta imprescindible porque nos falta el acontecimiento, porque nos falta la convicción. Tenemos una necesidad apremiante de simulacro, incluso de la guerra, mucho más apremiante que de leche y de mermelada o de libertad, y poseemos la intuición

inmediata de los medios para conseguirlo. Constituye incluso la conquista fundamental de nuestra democracia: la función-imagen, la función-chantaje, la función-información, la función-especulación. Función afrodisíaca, obscena, la del timo del acontecimiento, la del timo de la guerra. Función-droga.

El drama real, la guerra real, ni nos apetecen ya, ni falta que nos hacen. Lo que necesitamos es el sabor afrodisíaco de la multiplicación de las falsificaciones, de la alucinación de la violencia, es obtener de todas las cosas el goce alucinógeno, que es también el goce, como en el caso de la droga, de nuestra indiferencia y de nuestra irresponsabilidad, por lo tanto de nuestra auténtica libertad. En esto radica la forma superior de la democracia. A través de ella se perfila nuestro alejamiento definitivo del mundo, puesto que el goce en el ámbito de la especulación mental de las imágenes equivale al de los capitales en el de los flashes bursátiles o al de los cadáveres en el de la carnicería de Timisoara. Pero, en el fondo, ¿qué tenéis en contra de la droga?

Nada. Salvo que el desengaño colectivo es terrible cuando el hechizo se rompe; como cuando se desenmascaran los cadáveres de Timisoara, o se toma conciencia del subterfugio de la guerra. Actualmente, el escándalo ya no

estriba en el atentado contra los valores morales, sino en el atentado contra el principio de realidad. Lo que escandalizó profundamente en el episodio de Timisoara, y que desde entonces vienen contaminando toda la esfera de la información con el complejo de Timisoara, es la instrumentalización forzosa a la que fueron sometidos los cadáveres para hacer de extras, es la transformación de los cadáveres en comparsas, que al mismo tiempo transformaba a todos los que la vieron y se la creyeron en comparsas forzosos, convertidos a su vez en cadáveres en la carnicería de señales de la información. Lo odioso estriba en la malversación de la guerra. ¡Menuda parodia, qué escarnio en las carnicerías de Timisoara en relación con las verdaderas carnicerías de la Historia! Menuda burla, qué estafa esta guerra del Golfo; y no se trata de rehabilitar otras guerras, pero recurrir al mismo énfasis resulta tanto más odioso cuanto que ahora ni siquiera existe ya la coartada de una guerra.

La presunción de la información y de los medios de comunicación reitera en este caso la arrogancia política del imperio occidental. Todos esos periodistas que se erigen en conciencia universal, todos esos presentadores que se erigen en estrategas, y que nos agobian con un torrente de imágenes inútiles, además. Chan-

taje emocional a la masacre, superchería. En vez de hablar del nivel de tolerancia social a la inmigración, haríamos mejor hablando del nivel de tolerancia mental a la información. Respecto a éste, podemos decir que ha sido deliberadamente superado.

El espectáculo delirante de las guerras que no tienen lugar; el glaciario transparente de los vuelos que no han huido. Todos estos acontecimientos, del Este o del Golfo, que, con los estandartes de la liberación o de la guerra, no habrán abocado más que al desengaño histórico y político (lo mismo que ha sucedido con la famosa Revolución Cultural China, al parecer: toda una estrategia de desestabilización interna, más o menos concertada, saltándose a la torera la espontaneidad popular), acontecimientos post-sincronizados, que no hemos tenido la impresión de ver en versión original jamás. Actores malos, doblajes malos, *strip-tease* malo: a lo largo de estos siete meses, la guerra ha discurrido como un dilatado *strip-tease*, de acuerdo con la escalada calculada de irse despojando de la ropa, aproximándose al punto incandescente de la explosión (como de la efusión erótica), pero negándose al mismo tiempo, manteniendo un suspense (el «*teasing*») decep-

cionante, hasta el punto que cuando por fin aparece el cuerpo desnudo, ya no lo está en absoluto, el deseo de este cuerpo ya no existe, y el orgasmo se malogra. De igual modo nos han ido administrando la escalada con cuentagotas, alejándonos cada vez más del paso a la acción, y, de todos modos, la guerra es como la verdad, en el sentido que dice Nietzsche. No creemos que la verdad siga siendo la verdad cuando se la despoja de todos sus velos. De igual modo no pensamos que la guerra siga siendo la guerra cuando se pretende despojarla de toda incertidumbre y convertirla en una operación al desnudo. La desnudez de la guerra es tan virtual como la del cuerpo erótico en el mecanismo del *strip-tease*.

En las pistas de esquí de Courchevel, en el momento de los bombardeos intensivos, los altavoces van difundiendo las noticias de la guerra del Golfo. ¿Y a los otros allá abajo, a los iraquíes, en sus bunkers del desierto, les habrán facilitado acaso los boletines del estado de la nieve en las pistas de Courchevel?

El 22 de febrero fue el día del Apocalipsis: el del inicio de la ofensiva terrestre tras su cor-

tina de bombas, y aquí, en Francia, debido a una especie de humor negro, el del atasco más monstruoso en las autopistas de los Alpes. Mientras los blindados subían al asalto de Kuwait, las hordas de automovilistas subían al asalto de las pistas de esquí. Por cierto, los blindados pasaron con muchas menos dificultades que las oleadas del ocio. Y las bajas fueron mucho más importantes en el frente de la nieve que en el frente de la guerra. ¿Acaso echamos tanto de menos la muerte, incluso en tiempos de guerra, que necesitamos salir en su búsqueda en las esferas del ocio?

Atascado en las carreteras, uno siempre puede distraerse escuchando las radios del Golfo; el tiempo de la información no se detiene jamás, cuanto más lento va el tráfico, más circulan las noticias por las ondas. Distracción también la de aquella joven pareja que va alternando la contemplación de la guerra en la tele con la de su futuro hijo, filmado y grabado en el vientre de su madre, y disponible en vídeo ecográfico. Que la guerra se detiene, pues nos miramos al chico. Misma lucha a nivel de las imágenes: la guerra antes de estallar, el crío antes de nacer. Ocios de la era virtual.

El aniquilamiento de los chiítas y de los kurdos por Sadam bajo la benevolente mirada de las divisiones americanas misteriosamente detenidas en su avance fulgurante «para no humillar a todo un pueblo», este aniquilamiento presenta una sangrienta analogía con el aplastamiento de la Comuna de París en 1871 bajo la mirada de los ejércitos prusianos. Y las almas caritativas que pusieron el grito en el cielo durante siete meses, a favor o en contra de la guerra, pero siempre por la buena causa, aquellos que denunciaron las aberraciones de la política proiraquí diez años después, cuando ya no era el momento, los arrepentidos de los derechos humanos, una vez más, se cruzan de brazos. El mundo acepta este estado de cosas como el precio de la derrota, o mejor dicho, por parte americana, como el precio de la victoria. Los mismos que, tras haber soltado centenares de miles de toneladas de bombas, pretenden ahora abstenerse «de intervenir en los asuntos internos de un estado».

Resulta a pesar de todo digno de admiración que tratemos a los árabes, a los musulmanes, de integristas, con la misma repugnancia con que tratamos a alguien de racista, cuando estamos viviendo en una sociedad típicamente integrista, aunque simultáneamente en vías de de-

sintegración. No practicamos el integrismo fundamentalista duro, sino practicamos el integrismo democrático blando, sutil y vergonzante, el del consenso. No obstante, el integrismo consensual (el de las Luces, de los Derechos del hombre, de la izquierda al poder, del intelectual arrepentido, del humanismo sentimental) es tan feroz como el de cualquier religión tribal o sociedad primitiva.

Denuncia al otro exactamente de la misma manera, como el Mal absoluto (son los términos empleados por François Mitterrand refiriéndose al caso Salman Rushdie; vaya, hombre, ¿de dónde saca una manera de pensar tan arcaica?) La diferencia entre ambos integrismos (*hard* y *soft*) estriba en que el nuestro (el *soft*) detenta todos los medios de destruir al otro, y no se priva de hacerlo. Casualmente, resulta que siempre es el fundamentalismo de las Luces el que oprime y destruye al otro, el cual sólo puede desafiarle simbólicamente. Para justificarnos, le damos cuerpo a la amenaza, convirtiendo la *fatwa* que pende sobre Salman Rushdie en una espada de Damocles suspendida sobre el mundo occidental, manteniendo un terror desproporcionado, con un desconocimiento total de la diferencia que media entre un desafío simbólico y una agresión técnica. Ahora bien, el desafío simbólico resulta a la larga mucho más grave que

una agresión victoriosa. Si una mera *fatwa*, un mero decreto de muerte puede sumir a Occidente en una depresión semejante (jamás se hará, con la suficiente crueldad, el retrato del sainete del terror de los escritores y los intelectuales en esta ocasión), si Occidente prefiere dar crédito a esta amenaza es porque está paralizado por su propio poderío, en el que no cree, en función precisamente de su enormidad (la desproporción de los fines crea una tensión excesiva, éste sería más bien el caso de la «neurosis» islámica; la desproporción de los medios, la nuestra, crea por el contrario una depresión grave, una neurosis de impotencia). Si Occidente creyera en su propio poderío, no contemplaría la posibilidad de esta amenaza ni un sólo instante. Lo más divertido es que el otro tampoco cree en su propia impotencia, y resulta que el que no cree en su impotencia es más fuerte que el que no cree en su fuerza, por mucho que ésta sea mil veces superior. El *Libro de los ardidés* árabe facilita miles de pruebas de ello, pero Occidente carece de cualquier comprensión de este tipo de cosas.

Y de este modo se llega a una guerra irreal, en la que el potencial técnico sobredimensionado sobrevalora de rebote las fuerzas reales del enemigo, al que no quiere ver. Y si se sorprende, cuando impone su triunfo con tanta facilidad, es porque no sabe obrar con astucia ni

creer en sí mismo. Por el contrario, lo que sí intuye confusamente es que, siendo como es, puede resultar aniquilado por cualquier ardid.

Harían bien los americanos sorprendiéndose más aún de su «victoria», sorprendiéndose de su fuerza, y encontrándole un equivalente en la comprensión (del otro), si no su poderío les jugará malas pasadas. Pues si Sadam, astuto pero estúpido, hubiera dado marcha atrás en todo una semana antes, habría infligido a los americanos una derrota política considerable. Pero ¿acaso lo pretendía? En cualquier caso, ha conseguido hacerse investir nuevamente, cuando se la tenían jurada. Pero ¿se la tenían jurada? Sadam ha jugado el juego de los americanos en todos los aspectos, pero, incluso derrotado, ha sabido jugar mejor en el terreno de la evasiva y de la astucia. El *Libro de los ardidés* sigue encerrando muchos secretos que el Pentágono desconoce.

Brecht: «Esta cerveza no es una cerveza, pero este hecho queda compensado por el hecho de que este puro tampoco es un puro. Si esta cerveza no fuera una cerveza y este puro fuera realmente un puro, entonces habría un problema.» De igual modo, esta guerra no es una guerra, pero este hecho queda compen-

sado por el hecho de que la información tampoco es información. Así pues todo está en regla. Si esta guerra no hubiese sido una guerra y las imágenes hubiesen sido imágenes verdaderas, entonces habría habido un problema. Pues entonces la no-guerra se habría presentado como lo que es: un escándalo. De igual modo, si la guerra hubiese sido una guerra verdadera, y la información no hubiese sido información, esta no-información se habría presentado como lo que es: un escándalo. En ambos casos, habría habido un problema.

Lo hay por cierto para quienes creen que esta guerra ha tenido lugar: ¿pues cómo es posible que una guerra verdadera no haya generado imágenes verdaderas? Idéntico problema para quienes creen en la «victoria» de los americanos: ¿pues entonces cómo es posible que Sadam siga todavía ahí, exactamente como si nada hubiera tenido lugar?

Mientras que todo se vuelve coherente si se da por sentado que puesto que esta victoria no es una victoria, la derrota de Sadam tampoco es una derrota. Todo se equilibra entonces, y todo está en regla, idénticamente irreal, idénticamente inexistente, la guerra, la victoria, la derrota. Idéntica coherencia en la irrealidad de los adversarios: el hecho de que los americanos *jamás hayan visto* a los iraquíes queda com-

pensado por el hecho de que los iraquíes jamás lucharan contra ellos.

Brecht de nuevo: «Cuando en el lugar no deseado hay algo, tenemos el desorden. Cuando en el lugar deseado no hay nada, tenemos el orden.»

El Nuevo Orden Mundial está hecho de todas esas compensaciones, y de que más vale que no haya nada a que haya algo; sobre el terreno, en las pantallas de los televisores, en nuestras cabezas; el consenso por la disuasión. En el lugar deseado (el Golfo), no ha habido nada, la no-guerra. En el lugar deseado (la tele, la información), no ha habido nada, nada de imágenes, sólo relleno. En las cabezas de todos nosotros, tampoco ha ocurrido gran cosa, cosa que a su vez, también, entra dentro del orden. Puesto que el hecho de que no haya habido nada en un lugar deseado determinado queda armoniosamente compensado por el hecho de que tampoco ha habido nada en otros lugares. De este modo, el orden mundial unifica todos los órdenes parciales.

En el Este, el orden mundial ha sido restablecido, de acuerdo con la misma lógica paradójica: donde antes había algo (el comunismo, pero precisamente, desde el punto de vista

mundial, significaba el desorden), ahora no hay nada, pero tenemos el orden. Las cosas están dentro del orden democrático, aunque estén dentro de la confusión más absoluta.

Los árabes: donde no deberían estar (los inmigrados), hay desorden. Donde deberían estar (en Palestina), pero no están, hay orden. Que nada sea posible en el mundo árabe, ni tan sólo la guerra, que los árabes se sientan disuadidos, decepcionados, impotentes, neutralizados, pues eso es el orden. Ahora bien, tal cosa queda armoniosamente compensada por el hecho de que en el lugar indicado de la potencia (Estados Unidos) tampoco haya más que una impotencia política total.

Así es el Nuevo Orden Mundial.

Variante de Clausewitz: *la no-guerra es la carencia de política proseguida por otros medios...* Ya no procede de una voluntad política de dominación, de un impulso vital, de una violencia antagónica, sino de la voluntad de imponer un consenso general a través de la disuasión. Esta violencia consensual puede ser tan mortífera como la violencia conflictual, pero su objetivo consiste en descartar cualquier rivalidad hegemónica, incluso fría y equilibrada, mediante el terror, como a lo largo de los últi-

mos cuarenta años. Ya estaba operando en todas las democracias tomadas una a una por separado, está funcionando ahora a nivel mundial, concebido éste como una inmensa democracia gobernada por un orden homogéneo, con el estandarte de la ONU y de los Derechos Humanos como lema. La guerra del Golfo es la primera guerra consensual, la primera guerra emprendida legalmente, mundialmente, con el fin de acabar con la guerra, con el fin de eliminar cualquier enfrentamiento susceptible de representar una amenaza para el sistema de control mundial, unificado a partir de ahora. Era ya el objetivo de la disuasión a dos bandas (Este y Oeste), ahora entramos en la fase monopolística, bajo la égida de la potencia americana. Por lógica, esta forma consensual y democrática debería ahorrarse la guerra, pero la seguirá sin duda necesitando, local y episódicamente. La guerra del Golfo constituye uno de esos episodios de tránsito, y por este motivo vacila entre las formas *hard* y *soft*; ¿guerra virtual o guerra real? Pero la balanza está inclinándose definitivamente, y en el futuro tan sólo quedará la violencia virtual del consenso, la simultaneidad en tiempo real del consenso mundial; está al caer, y significará el inicio de un mundo sin porvenir.

La guerra electrónica ya no tiene exacta-

mente un objetivo político, sirve de electrochoque preventivo para cualquier conflicto futuro. De igual modo que en la comunicación moderna ya no hay interlocutor, del mismo modo en esta guerra electrocutadora ya no hay enemigo, tan sólo un elemento refractario que hay que neutralizar y consensualizar, tarea a la que se dedican los americanos, pueblo de misioneros portador de electrochoques que reducirá a todo el mundo a la democracia. Por lo tanto, resulta vano interrogarse sobre los objetivos políticos de esta guerra: el único objetivo (transpolítico), consiste en enrasar a todo el mundo según el más pequeño denominador mundial común, el denominador democrático (que corresponde cada vez más, con su extensión, al grado cero político). Puesto que el más pequeño multiplicador común es la información en todas sus formas, que también corresponde cada vez más, con su extensión al infinito, al grado cero de su contenido.

En este sentido, el consenso como grado cero de la democracia y la información como grado cero de la opinión están en total sintonía: el Nuevo Orden Mundial será consensual y televisual a la vez. Esta es precisamente la razón por la que los bombardeos selectivos evitaron cuidadosamente dañar las antenas de la televisión iraquí (que sin embargo saltan a la

vista en el cielo de Bagdad). La guerra ya no es lo que era...

En todo este asunto, la apuesta crucial, la apuesta decisiva, es la reducción consensual del Islam al orden mundial. No se trata de destruirlo, sino de domarlo, por cualquier medio: la modernización, aunque sea militar, la politización, el nacionalismo, la democracia, los Derechos del hombre, cualquier cosa que pueda electrocutar las resistencias, el reto simbólico que el Islam significa para todo Occidente. Y no hay que contar con los milagros, el enfrentamiento durará mientras este proceso no haya concluido, y por el contrario se detendrá, como por sí solo, el día en que esta forma de reto radical haya sido eliminada. Así sucedió con la guerra de Vietnam: el día en que China fue neutralizada, en que el vietcong «salvaje», las fuerzas de insurrección y de liberación quedaron suplantadas por una auténtica organización burocrática y militar capaz de garantizar el relevo del Orden, la guerra de Vietnam se detuvo en el acto; pero hicieron falta diez años para que se llevase a cabo esta domesticación política (que se lleve a cabo mediante el comunismo o la democracia carece de importancia). Idéntico caso en la guerra de Argelia: su con-

clusión, que parecía imposible, se produjo por sí sola, no gracias a la sagacidad de De Gaulle, pero únicamente a partir del momento en que los maquis por fin eliminados, con su potencial revolucionario, un ejército y una burocracia argelinos, constituidos y preparados en Túnez sin haber participado jamás en la lucha, estuvieron en disposición de asumir el relevo del poder y el ejercicio del orden.

Así pues, nuestras guerras resultan menos del enfrentamiento guerrero que de la domesticación de las fuerzas refractarias del planeta, de los elementos incontrolables, como se dice en términos policiales, y a los cuales no sólo pertenecen el Islam en su conjunto, sino también las etnias salvajes, las lenguas minoritarias, etc. Todo lo que es singular e irreductible tiene que ser reducido y remozado. Es la ley de la democracia y del Nuevo Orden Mundial. En este sentido, la guerra Irán-Irak fue una primera fase exitosa: Irak sirvió para eliminar, aunque jamás llegara a vencerla, la forma más radical de desafío antioccidental.

Que esta hazaña de mercenario haya dado lugar a este vuelco actual y a la necesidad de destruirlo, puede constituir una cruel ironía, pero perfectamente justificada. Todo lo que nos vaya a suceder nos lo tendremos vergonzantemente merecido. Lo que no rehabilita a Irak, que

sigue siendo el cómplice de Occidente, incluso en este enfrentamiento actual, en la medida que el desafío del Islam, desafío simbólico, alteridad irreductible y peligrosa, una vez más, ha resultado canalizado, hurtado, malversado política, militar y religiosamente a través de la empresa de Sadam. Incluso a lo largo de la guerra contra Occidente ha cumplido su función de domesticación de un Islam que le trae sin cuidado. Su eliminación, si llega a producirse, no hará más que levantar una hipoteca peligrosa. El envite verdadero, el desafío del Islam, y, tras él, el de todas las formas de cultura refractarias al mundo occidental, sigue incólume. Y nadie sabe quién se impondrá. Pues «allí donde se cría la amenaza, se cría también lo que nos salva», dice Hölderlin. Así pues, cuanto más se refuerza la hegemonía del consenso mundial, más crecen los peligros, o las posibilidades, de su desmoronamiento.